



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Oro rojo

Se ha encontrado muerto un agente de la CIA en Acapulco, en circunstancias muy extrañas: Le habían extraído toda la sangre. Por supuesto, Brigitte se pone inmediatamente en camino hacia allí.



Lou Carrigan

Oro rojo

Brigitte en acción - 256

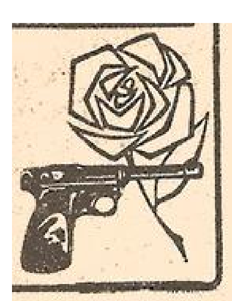
Archivo Secreto - 206

ePub r1.0
Titivillus 15-03-2020

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo primero

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, entró en el salón del apartamento de Brigitte Montfort ya a la defensiva, mirando con cierto recelo a Frank Minello, que estaba sentado en un sillón hojeando una revista.

—¡Hola, Minello! —farfulló.

El saludado alzó la mirada, respingando. Luego, se tapó velozmente la cara con la revista, exclamando:

—¡Sálvese quien pueda! ¡Ha llegado el buitre comedor de carroñas usadas! ¡Las mujeres y los niños primero, poned a salvo los cadáveres, preparad las armas!… ¡Suenen las sirenas de alarma!

Fruncido hoscamente el ceño, Pitzer se sentó en el sofá, sacó su pipa y, se la colocó entre los dientes. Eso fue todo. Tras unos segundos de silencio, Minello sacó la cabeza por un lado de la revista, y miró sorprendido a Pitzer.

—Abajo los buitres —dijo desganadamente, como decepcionado —. ¡Que los desplumen!

—De acuerdo —aceptó Pitzer.

El desencanto hizo presa definitiva en Minello.

—¿Hoy no tiene ganas de pelea dialéctica? —masculló.

—No. ¿Dónde está Brigitte?

—Vistiéndose. ¡Maldita sea su estampa, Pitzer! ¿Cómo se ha enterado tan pronto de que ella ha vuelto?

—Le dejé encargado a Peggy que me avisara.

—¡Esa chivata!… Pues sí, señor, ella ha regresado, y yo he ido a recogerla al aeropuerto, y cuando esté vestida vamos a ir al *Morning News*, donde nos está esperando Miky Grogan para concretar algunos detalles del libro. ¡Conque olvide sus siniestros propósitos!

—¿Qué libro?

—El libro que vamos a publicar utilizando los artículos que nos ha publicado estos días el *Morning* sobre la Marcha Negra. Esos artículos servirán de base para entrar en más detalles… ¡Será un *best-seller*!

—Eso me complacería mucho. No sabía que usted escribiese tan bien, Minello.

—No comprendo.

—Quiero decir que esos artículos sobre la Marcha Negra que han escrito entre usted y Brigitte son formidables. La firma era de ambos: Brigitte B. Montfort y Frank Minello,

—Bueno… Yo tomé las fotografías, y luego la ayudé un poco, pero usted ya sabe que el verdadero mérito es de ella. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, ya no podía impedir nada: los artículos estaban apareciendo con la firma de ambos. ¿Y sabe qué ha ocurrido? Pues que apenas he regresado a Nueva York, he comenzado a recibir ofertas de muchos periódicos para que trabaje con ellos.

—Caramba, me alegro por usted… ¡Por fin tiene la ocasión de abandonar el *Morning News*!

—Oiga usted, cucaracha… En primer lugar, esa ocasión la he tenido centenares de veces; y, en segundo lugar, yo no me voy del *Morning* mientras Brigitte siga trabajando ahí. ¿Está claro? Y como Brigitte no se irá nunca del *Morning*, porque Miky Grogan la quiere mucho, y ella quiere a Grogan, y yo quiero a los dos, pues eso: nos moriremos de viejos en el *Morning*. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Pues eso.

Pitzer dio unas cuantas chupadas a su apagada pipa, y miró alrededor con el gesto de quien no sabe qué decir… o que está buscando el modo de decir algo.

—Tengo entendido —dijo de pronto— que pasó usted un par de días en Villa Tartaruga, con Brigitte y con Número Uno.

—En efecto —sonrió Frank—. ¡Rabia, rabiosa, marido de una osa!… ¿A que se está muriendo de envidia?

—Psé… ¿Y qué? ¿Cómo le fue por allá?

—Imagínese… Yo sólo quería quedarme un par de días, pero Brigitte se empeñó en que me quedase más tiempo, así que no tuve más remedio que quedarme otros dos días.

—Vaya… ¿Y qué dijo a esto Número Uno?

Minello quedó estupefacto.

—¿Que qué dijo Uno? Usted es tonto, hombre. ¿Qué quería que dijese? Si Brigitte le pidiese que fuese a cazar elefantes con una redecilla para mariposas, Uno se compraría un tricornio y se iría a la selva en busca de elefantes.

—Entonces, el tonto es él.

—¡Pero qué tonto ni qué narices, hombre!… Uno es un tipo cojonudo, ¿se entera? Ahí donde le ve usted con esa cara de mala leche, tendría que verle cómo trata a Brigitte… ¡Usted no entiende nada de nada! Le falta, precisamente, la sensibilidad que tiene Número Uno. Sí, señor, tendría usted que estar allí unos días para poder hablar de ese hombre, so camello, ¡que es usted un camello, se lo digo yo!

—¿Por qué demonios me llama camello?

—¡Porque es un camello! ¿Sabe lo que hacen los camellos? ¡Qué va usted a saber! Pero yo se lo diré: pues un camello va por el desierto, ¿comprende?, y de pronto encuentra un oasis con un manantial… ¿Qué hace esa mala bestia…? ¡Pues hala, se bebe toda el agua, la almacena en su barrigota, y así él tiene agua para muchos días, sin importarle que quien venga detrás se muera de sed!

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—¡Eso quiere decir que Uno no es un camello! Está loco como una cabra por Brigitte, y sabe perfectamente que ella está como una chiva por él. Pues bien: como resulta que Brigitte me quiere…, ¿sabe usted lo que hace Número Uno?

—¿Qué hace?

—Pues me quiere también, hombre. ¡Vaya si es usted duro de mollera, compadre! ¿No lo comprende? Número Uno sabe que Brigitte me quiere como a un hermano, así que él hace lo mismo. A su manera, claro, porque yo creo que es un poco raro, a veces. Por ejemplo: ellos dos dijeron de salir a dar un paseo en bicicleta por la isla, cosa que según entendí hacen con frecuencia… Bueno, yo me moría de ganas de ir con ellos, y me apuesto el rabo a que él se dio cuenta. Lo normal, entonces, habría sido que me invitase a lo bruto, diciendo más o menos: «Frank, ya veo que tienes ganas de pasear con nosotros; bueno, pues puedes venir…». ¿Me sigue usted?

—Claro. ¿Qué dijo él?

—Pues como quien no quiere la cosa, resulta que había comprado el día anterior otra bicicleta, y cuando iban a salir de paseo él y Brigitte, la fue a buscar, y me la puso en las manos. «Oye, Frank —me dijo—, he comprado otra bicicleta porque la mía no va muy bien estos días. ¿Quieres probarla, mientras yo utilizo la nueva?».

—O sea, que le endosó la bicicleta estropeada.

—¡Pero qué estropeada, hombre!… ¡Iba estupendamente! Lo que pasa, es que cuando me di cuenta de eso, ya estaba paseando en bicicleta con ellos por la carretera, orilla de la playa. Y hasta nos dimos un baño en el mar. ¿Qué le parece? ¡En noviembre, y nos dimos un baño en el mar! ¿A que usted no ha visto reír a Brigitte cuando le hace alguna trastada a Número Uno y él se queda con la cara muy seria?

—No —musitó Pitzer.

—¡Pues se ha perdido lo mejor del mundo, tío bellota, que es usted una bellota! Y también escuchamos música… Yo me sentaba en un sillón, y ellos en el sofá, ¿comprende? Y a lo mejor estábamos una hora así, y los tres tan campantes. Y Número Uno me dejó cuidar de sus flores y de sus palomas… Anda, y no le digo nada con *Mamma* María… ¡Qué gorda, frescachona y hermosota es! Nos pasábamos el día hablando en italiano, discutiendo por todo. Tiene un montón de hijos. Ahora no recuerdo si me dijo que tiene cinco, siete o nueve. Algo así. ¿Y sabe quién le paga el gasto de tener a sus hijos en un magnífico pensionado? ¿Eh? ¿Lo sabe?

—No.

—¡Pues se lo paga Número Uno!… ¿Y sabe…?

—¡Hola! —apareció Brigitte en el salón—. ¿Qué tal, tío Charlie?

Tío Charlie, como Minello, estaba pasmado de admiración. La belleza de Brigitte era tal que cortaba la respiración. Por un lado, la belleza física de aquel cuerpo espléndido y armonioso, de los grandes ojos azules, del rostro dulce… Pero a esta belleza había que sumar otra más importante, que daba realce al físico: la belleza interior, aquella especie de luz que parecía brotar de los ojos y la piel de Brigitte Montfort; una belleza interior tan radiante que por fuerza tenía que trascender al exterior.

—Mu… muy bien —tartamudeó Pitzer—. Muy bien, sí…

—Yo también estoy bien —rió la divina espía.

—Pues yo no… —farfulló Minello, señalando con un dedote a Pitzer—: ¡este gusano no tiene derecho a gozar de tu presencia!

—¿Y tú si, Frank?

—¡Zambomba, claro que sí! Oye, se me está ocurriendo una idea —guiñó maliciosamente los ojos Minello—: ¿por qué no nos inyectamos un poco de «Blackcolor» y vamos a ver a Miky así, vestidos como dos negros bailarines, con collares de flores y todo eso? ¡Menudo susto le íbamos a dar!

—Con lo que sus dolencias gástricas empeorarían, Frankie.

—¡Que se jorobe! Y hablando de jorobas: ¿sabías que el odioso tío Charlie es un camello?

—¿Un camello? Creía que era un buitre carroñero —rió Brigitte —. ¿A qué se debe el cambio?

—Pues verás: él piensa que…

—Traigo una mala noticia —dijo Pitzer.

Minello permaneció con la boca abierta. Cuando la cerró, miró a Brigitte, que había palidecido.

—No —movió la cabeza Brigitte—. No, no, no…

—Lo siento —bajó la mirada Pitzer.

—¿Dónde ha sido?

—En Acapulco, México.

Incluso Minello entendía de qué hablaban, por supuesto. Una mala noticia, dada con tal solemnidad, y que hiciese palidecer a Brigitte, sólo podía referirse a la muerte de un agente de la CIA. En Acapulco, México, un agente de la CIA, uno de los queridos Simones de Brigitte, alias Baby, había sido asesinado. Minello no temía, en absoluto, equivocarse.

Y en efecto, no se equivocaba. Pitzer sacó un sobre de un bolsillo interior y lo entregó a Brigitte, que lo tomó y permaneció inmóvil, hasta que se movió Minello, para acercarse a ella. Entonces, Baby sacó del sobre las tres fotografías del Simón que había muerto en Acapulco. Era un hombre de unos treinta años, no más; rostro agradable, cabellos claros, facciones viriles, con una leve expresión amable. Su nombre estaba al pie de las tres fotografías: «William Shivers, agente CIA Mass. 2091. *Dead in Acapulco*».

Minello le quitó a Brigitte las fotografías, le pasó un brazo por los hombros y la llevó hacia uno de los sillones. Ella se sentó,

lentamente.

—Está bien —musitó—. ¿Qué ha ocurrido?

—La están esperando a usted en el Aeropuerto Central, en Ciudad México, para explicárselo todo. Lo único que yo puedo decirle es lo referente a las… extrañas circunstancias,

—¿Extrañas circunstancias? —le miró Brigitte.

—Sí. Bueno —Pitzer tomó las fotografías de manos de Minello y se las guardó—. Bien, quiero decir que el cadáver de nuestro hombre, pues… Vaya, que no tenía una sola gota de sangre.

—¿Qué? —exclamó Minello.

Pitzer se pasó una mano por la boca, tropezando con la pipa. Se la guardó. Brigitte le miraba fijamente.

—Emmm… El cadáver estaba… seco. Dicen que parecía… de madera, o algo así.

—¡Pero qué dice…! —masculló Minello—. ¿Cómo va a parecer de madera un cadáver?

—Eso es lo que dicen en la Central. El cadáver ya ha llegado a Washington. Parece que le quitaron toda la sangre. Se le han apreciado tres pinchazos. Uno en la espalda, y los otros dos, muy juntos, afectan a la carótida o yugular externa y a la yugular interna… Se está procediendo a la autopsia, pero de momento el dictamen forense es que al cadáver le fue retirada toda la sangre, prácticamente. Así parecen indicarlo los dos pinchazos en las yugulares.

—¡Zambomba!… ¡Esto parece cosa de vampiros!… —exclamó Minello.

En seguida miró a Brigitte, alarmado. Y en efecto, ella le dirigía una mirada fulminante. Así qué Frank Minello optó por sentarse y no volver a abrir la boca.

—¿Cómo estaba el cadáver? —preguntó Brigitte.

—¿Cómo estaba…? No comprendo.

—¿Descuartizado?

—¡Ah!… No, no. Estaba entero, sin violencia aparente alguna. Ya le digo que todo lo que tenía eran tres pinchazos.

—¿No tenía señales de golpes, ni heridas…?

—No. Nada. Evidentemente la muerte le sobrevino al serle retirada la sangre. Es un asunto muy extraño, Brigitte.

—Sí… ¿Qué hacía Williams Shivers en Acapulco?

—Labores de rutina. Últimamente se dedicaba a vigilar a un agente chino, llamado Wu Lin, Pero sin más trascendencia, ya sabes: todos vigilamos a todos. Rutina.

—¿Nuestros compañeros de México no han cazado a ese Wu Lin?

—No. La están esperando a usted. Por otra parte, el chino desapareció, tras herir a otro de los nuestros. Nada grave —se apresuró a aclarar—, un balazo en una pierna. En realidad, no conozco muy bien los detalles. Todo está un poco confuso por el momento, en la Central. Yo creo que no ha habido más intercomunicación entre la Central y México porque nadie duda que Baby irá allá cuanto antes.

—¿Y cuándo es «cuanto antes»?

—Tengo un pasaje de avión para mañana por la mañana.

—¿A eso llaman ustedes «cuanto antes»?

—Tal como están las cosas, no vale la pena que usted se pase la noche en un avión y llegue de madrugada a Ciudad México. Es mejor salir por la mañana temprano, y llegar a tiempo de almorzar en la capital mexicana con nuestros compañeros.

—Está bien. ¿Alguna indicación especial, tío Charlie?

—Claro que no. Cuando llegue allá y la pongan al corriente, proceda según costumbre, a su modo… No creo que valga la pena que nadie se moleste diciéndole a usted lo que tiene que hacer.

—No —deslizó fríamente la agente Baby—. No vale la pena, desde luego.

Capítulo II

El hombre que había estado esperando aquel vuelo procedente de Nueva York, no tuvo la menor dificultad en identificar a la persona que esperaba. Le bastó ver el maletín rojo con florecillas azules, y aquel bello rostro de cuyos ojos azules parecía brotar una suave luz.

Cuando la pasajera apareció en la sala de espera el hombre se acercó, mirándola fijamente. Ella también le vio y se detuvo.

—¿Baby?

—Sí.

—Tengo el coche afuera. ¿Me permite que me ocupe de todo?

Brigitte Montfort asintió. El hombre entregó un billete al mozo de aeropuerto y se hizo cargo de la única maleta de la recién llegada viajera. Luego, señaló hacia la salida. Cruzaron el vestíbulo en silencio v también en silencio caminaron hacia donde estaba el coche. La maleta fue colocada en el asiento de atrás. El hombre pasó al volante, y Brigitte se sentó a su lado.

—¿Cómo está nuestro compañero? —murmuró Baby.

—Bien. Es sólo cuestión de días.

—¿Todavía no hemos localizado al chino Wu Lin?

—No. Le estamos buscando con muchos efectivos en Acapulco pero sin resultado. También estamos buscando el coche…

—¿Qué coche?

—Creo que será mejor que hable usted con Simón-Acapulco —movió la cabeza Simón-México—. Él se lo explicará mejor que cualquier otra persona, naturalmente.

—¿Ha ocurrido algo en Acapulco? ¿Está ocurriendo algo especial allí, o hay en proyecto algo especial en esa ciudad?

—En Acapulco sólo ocurre que todo el mundo que tiene dinero lo pasa muy bien —masculló Simón.

Baby Montfort no contestó, de momento. Se quedó mirando por la ventanilla hacia el exterior, y sólo después de casi medio minuto,

susurró:

—Pues alguien no lo va a pasar bien en Acapulco… por mucho dinero que tenga.

A Simón-Acapulco le habían llevado a un apartamento en la avenida Chapultepec, donde, debidamente atendido por un médico que iba a examinar su herida dos veces al día, permanecía teóricamente a salvo, custodiado día y noche por agentes de la CIA que se iban relevando. Fue el agente de tumo quien abrió la puerta a Brigitte y a Simón-México; tenía en la diestra una impresionante pistola automática, que se apresuró a enfundar cuando los azules ojos se fijaron en los suyos.

—Perdón —murmuró.

—Perdón se pide cuando se hacen las cosas mal. Y usted lo está haciendo bien, según parece —dijo Brigitte.

Sin más, se adentró en el apartamento, orientándose asombrosamente hacia el dormitorio donde estaba el herido; el cual, cuando ella entró, tenía también una pistola en la mano, que igual que el otro se apresuró a hacer desaparecer, bajo la sábana.

—Estoy bien —se apresuró a decir—. Y si me dejasen volver a Acapulco seguro que yo encontraba al chino en un abrir y cerrar de ojos.

Brigitte *Baby* Montfort sonrió, acercó una silla y se sentó junto a la cama. Para entonces, los dos Simones entraban ya en el dormitorio. Simón-México propuso:

—¿Qué tal, si le preparo algo para almorzar?

—Sí, gracias. Cualquier cosa.

—¿Cómo cualquier cosa? ¡Habíamos preparado…!

—Cualquier cosa bastará… por ahora. Un bocadillo. Bien —miró a Simón-Acapulco—, parece que no siempre se pasa bien en Acapulco, ¿verdad?

—Le voy a pedir un favor —gruñó el herido—. Cuando encuentre al chino, déjeme que sea yo quien le apriete el pescuezo. Y lo mismo a la pájara que iba con él.

—¿Había una mujer con el chino Wu Lin? —alzó las cejas Brigitte.

—Toda una hembra. Veintiocho o treinta años, cabellos castaños, cuerpo de ramera de lujo, ojos grandes de tono oscuro, y boca de cien dólares la hora.

—Entiendo. Se expresa usted de un modo pintoresco, pero entiendo. Vamos a empezar desde el principio, Simón. A menos que esté fatigado y…

—¡Qué cansado ni qué porras…! Lo que me, pasa a mí es que estoy rabiando por tener que permanecer en la cama. ¿Por el principio? De acuerdo. Bill vigilaba a. Wu Lin; por nada especial; era un chino que nos resultaba sospechoso, y había que tenerlo bajo control. Bill es William Shivers, claro.

—Era —musitó Brigitte—. Ahora es sólo un cadáver sin sangre.

Simón-Acapulco se pasó la lengua por los labios.

—Bien… Bill me llamó por teléfono a mi apartamento, y me dijo que teníamos que vernos. Ni por teléfono ni por radio de bolsillo quiso ser más explícito. Me citó en su apartamento. Yo no estaba haciendo nada importante en Acapulco, así que le dije que iría inmediatamente, y así lo hice. Creo que tardé unos doce minutos en llegar; desde luego, menos de un cuarto de hora. Debían ser las ocho y media de la noche. Bueno, llegué allá y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Me alarmé, y sin insistir, utilicé una ganzúa para abrir la puerta. Nada más empujar ésta, me di cuenta de que el apartamento estaba a oscuras, lo cual me sorprendió, ya que Bill me había citado allí, y no era lógico que no estuviese esperándome. Usted ya sabe cómo son estas cosas… Yo pensé todo esto en un instante, y sin saber por qué me tiré al suelo de pronto… Si no lo hubiese hecho, ahora tendría un par de balas en la cabeza.

—¿Le dispararon desde dentro del apartamento?

—Así es. Dos armas diferentes. Bueno, como yo ya estaba en el suelo, rodé hacia un lado, porque sabía que seguirían disparando contra mí, y también en eso acerté. Me dispararon tres o cuatro veces más, y sólo una bala me acertó —se señaló la pierna herida—. Como es natural, yo no me había estado quieto mientras tanto, así que ya tenía la pistola en la mano, apunté hacia donde había visto el último fogonazo, y disparé. Me parece que no acerté a nadie, pero le aseguro que les di un buen susto. Oí una exclamación, luego unos pies desplazándose velozmente, y casi en seguida, el chasquido del cierre de una ventana. Me puse en pie y corrí como pude hacia la entrada al pasillo. Ya verá usted el apartamento de Bill en Acapulco: es raro, alargado y estrecho. Digamos que consta de un recibidor y un pasillo al cual dan los dormitorios y demás. Bueno, al

fondo del pasillo hay una ventana, así que intuí que era esa ventana la que habían abierto. Metí la mano por un lado de la puerta, encendí la luz y me asomé, dispuesto a disparar. Al fondo del pasillo la ventana estaba abierta, en efecto… Los vi a los dos perfectamente. Uno era Wu Lin, que estaba de cara a mí, dispuesto a disparar. Luego estaba la mujer, también de cara a mí, saliendo por la ventana de espaldas. Tuve el tiempo justo de apartar la cabeza para que Wu Lin no me la volara de un balazo; la pierna me falló, y caí sentado. Al fondo del pasillo oí que Wu Lin decía algo. Me quité un zapato y lo saqué por un lado de la puerta, a ras del suelo, pero no dispararon. Comprendí que se habían marchado por la ventana, pero, por si acaso, apagué de nuevo la luz del pasillo y volví a asomarme. Se habían marchado. Fui a la ventana, y me asomé con cuidado. Justo en aquel momento, el coche se ponía en marcha…

—¿El coche que están buscando?

—Sí.

—Si le están buscando es que no era de Wu Lin, pues eso ya lo sabríamos por los informes de Bill Shivers, ¿no es así?

—¡Claro! El coche debía ser de la mujer. Bueno, vi a matrícula y, claro está, gracias a eso pueden estar rascándolo ahora.

—¿Wu Lin y la mujer le vieron bien a usted?

—Tan bien como yo a ellos.

—Si era Bill Shivers quien vigilaba a Wu Lin…, ¿cómo es que usted conocía al chino?

—Relevé a Bill una vez, cuando tuvo que hacer una gestión personal. Además, como comprenderá, las fotografías de Wu Lin han circulado por todos los puntos básicos de nuestra estación mexicana. Hay un montón de informes sobre las actividades de Wu Lin en Acapulco durante las últimas siete semanas. Nada importante. O sea, que los informes, en realidad, no sirven de nada, pues el chino llevaba una vida de lo más plácida y normal. Lo bueno son las fotografías.

—¿Qué fotografías? —exclamó Baby.

—Unas fotografías que ni Wu Lin ni la mujer sospecharon que pudiesen existir. Y la verdad es que nosotros sólo las encontramos al día siguiente, cuando sacamos todo lo que Bill llevaba en los bolsillos. Naturalmente, concedimos importancia prioritaria al

encendedor, porque sabíamos que Bill llevaba dentro una microcámara. Rutina, ya sabe. No esperábamos encontrar nada, pero sí había fotografías. Quiero decir…

—Bill Shivers había tomado fotografías —asintió Brigitte, impaciente—. ¿Las revelaron?

Simón-México se acercó, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un sobre, que tendió a Brigitte. Ésta sacó las fotografías, ampliadas. Ya en la primera de ellas vio a un chino saliendo de un edificio. No tenía que preguntar quién era, por supuesto. Y si la fotografía estaba tomada cuando Wu Lin salía del edificio, significaba que él vivía allí. Luego había otras fotografías, en las que Wu Lin entraba en otros lugares, lo que indicaba que los visitaba. En cada fotografía estaba anotada la dirección del lugar visitado, pero no servía de gran cosa, porque todos eran lugares públicos, con mucho movimiento de personal. Excepto un edificio de cuatro pisos, moderno, destinado a apartamentos. La fotografía estaba tomada de cerca, lo suficiente para que se pudiese ver el número del edificio: el 144.

—¿En qué calle de Acapulco está ese edificio? —preguntó Brigitte.

—También lo están buscando. En mi opinión, Bill no les dio mucha importancia a todas estas fotos, que no tienen posibilidades, realmente. Tanto en esos lugares públicos, como en ese edificio, Wu Lin pudo verse con cualquiera. Pero si se vio con alguien especialmente, Bill no pudo captarlo con su cámara. En mi opinión, si Bill no dijo nada es porque Wu Lin no hizo contacto con nadie; pero, claro, Bill iba haciendo su trabajo, rutinariamente. No creo que las fotografías que usted ha visto hasta ahora nos sirvan de nada. Pero observe las que siguen. Hay tres.

Las tres últimas fotografías estaban tomadas en el muelle. En una de ellas se veía a Wu Lin recorriendo la blanca pasarela para abordar un hermoso yate; en la siguiente, lo mismo, pero abandonando el yate; la tercera mostraba el yate más de cerca, hasta el punto de que se veía perfectamente su nombre, en la proa. El nombre del yate era *Captain Blood*.

—Son las últimas fotografías de la película —dijo Simón-Acapulco.

—Es decir, que después de tomar estas fotografías, le mataron.

—No sé cuánto rato pasaría desde que tomó las fotos hasta que lo mataron, pero sí sabemos que son las últimas fotos que tomó. Las numeramos, de acuerdo a su lugar en la película. Si a nosotros nos gustase hablar por hablar, podríamos decir que alguien vio a Bill merodeando por el muelle, avisó a Wu Lin, y éste se las arregló para ser él quien, auxiliado por la mujer, siguiese a Bill hasta su apartamento. Bill llamó a… Simón, y mientras le estaba esperando, entraron Wu Lin y la mujer, y le mataron. Yo creo que Bill comprendió que las fotografías del yate sí eran importantes, puesto que señalaban ya a unas personas concretas, esto es, las ocupantes del yate; lo cual es muy diferente de cuando visitaba una cafetería o entraba en un edificio. Ahora bien, puesto que no registraron a Bill, quiere decir que Wu Lin y la mujer no buscaban el encendedor con las fotos. Simplemente, se habían dado cuenta de que Bill seguía a Wu Lin, y fueron a eliminarle… y a retirar la sangre de su cuerpo, pero no se habían dado cuenta de que Bill tomase fotos.

—Lo cual nos beneficia mucho a nosotros, ¿verdad?

—Aparentemente, sí. Sabemos que Wu Lin estuvo en ese yate. Claro que no se nos pasa por alto la posibilidad de que Wu Lin se hubiese dado cuenta de que Bill le estaba siguiendo, y fuese a ese yate con cualquier pretexto, con el fin de que Bill informase. De este modo, cuando encontrasen muerto a Bill, cosa que ya debía tener decidida Wu Lin, nosotros nos ocuparíamos del yate…, que a lo mejor es una pista falsa, destinada a entretenernos.

—Esto ya me gusta más. Veo que han tenido tiempo para pensar. De todos modos, nos interesaremos por el yate. ¿A quién pertenece?

—A un millonario compatriota nuestro, llamado Elmer Varneyer. Hemos enviado su nombre a Washington, y estamos esperando informes sobre él.

Brigitte asintió con un gesto, y volvió a mirar las fotografías, una por una.

—En resumen —murmuró—, tenemos que encontrar a Wu Lin, al cual conocemos; a la mujer que estaba con él en el apartamento de Bill Shivers, a la cual no conocemos más que por la descripción que nos ha hecho Simón; y tenemos también el yate *Captain Blood*, que seguramente es una pista para desorientarnos. Sin embargo… ¿se han fijado en la coincidencia?

—¿Qué coincidencia?

—El nombre del yate: *Capitán Sangre*. Y a Bill Shivers le dejaron sin una sola gota de sangre… ¿Les parece una tontería, mi modo de asociar las cosas?

—No —negó Simón-México—. Pero la verdad es que nosotros no habíamos establecido esa relación, quizá precisamente por el nombre del yate. Hace un montón de años se proyectó una película protagonizada por Errol Flynn y Olivia de Havilland, titulada precisamente *The Captain Blood*. Una película de piratas, en la que Errol Flynn, siempre tan guapo, vencía a todo el mundo sable en mano. Abordajes, raptos, persecuciones por mar, cañonazos de a centavo… Bueno, a los que entonces éramos unos niños la película nos encantó, ésa es la verdad. ¿Usted no la ha visto, ni siquiera en la televisión?

—No.

—Fue fabulosa. En fin, al ver el nombre de *Captain Blood* en un yate, yo lo asocié inmediatamente con la película, y con el nombre del legendario personaje que protagonizó Errol Flynn.

—Ya. Tiene lógica, desde luego. Hablemos de la sangre de Bill Shivers. ¿Entiende que se la llevaron Wu Lin y la mujer que iba con él?

—No puede ser de otro modo —asintió Simón-Acapulco—. Seguramente, llevaban un recipiente adecuado. No de cristal, claro. Una bolsa de plástico, o algo así.

—Si se entretuvieron en extraerle la sangre, quiere decir que no sabían que Bill Shivers le había llamado a usted… También es evidente que fueron a propósito a por él, y sólo conocemos un motivo para que lo hiciesen: finalmente, Bill había visto algo, y Wu Lin se había dado cuenta. Que le matasen es lógico, si tan peligroso era para Wu Lin que Bill le hubiese visto en determinada actividad o contacto, pero la sangre… ¿Para qué quieren la sangre de un agente de la CIA?

—Quizá fue una casualidad que…

—¡No, no! —rechazó Brigitte—. Shivers tenía tres pinchazos. Uno de ellos en la espalda, y pienso que después de sorprenderle en su apartamento, le inyectaron en la espalda un líquido que quizá le mató, o simplemente le narcotizó; la autopsia nos lo dirá con seguridad, espero. Luego, ya dormido o muerto, le retiraron la sangre utilizando dos jeringuillas, que clavaron en las yugulares.

Esto es, que querían llevarse la sangre de Bill Shivers. Toda. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Supongo que usted sabe —murmuró Simón-México— que hay un comercio clandestino de sangre, hacia Estados Unidos. Muchos desaprensivos compran sangre en los países más pobres de América del Sur, e incluso la roban, engañando a los sudamericanos. Aunque lo más corriente es que la compren. Por unos cuantos dólares compran grandes cantidades de sangre, que luego venden en clínicas privadas norteamericanas, especialmente. En muchos casos las consecuencias han Sido terribles, pues mucha de esa sangre está en malas condiciones, o es portadora de determinados virus, ya que sus donantes o vendedores son gentes enfermas. Es todo un comercio el que está en marcha actualmente teniendo como mercancía la sangre.

—Lo sé. Y por eso, teniendo en cuenta que pueden tener toda la sangre que quieran de esos pobres sudamericanos que la venden para poder tener algo de dinero, pregunto: ¿por qué la de Bill Shivers? Supongo que no será ni mejor ni peor que la sangre de millones de personas. ¿Por qué la de él, entonces?

—No sé. Quizá, como lo del yate, es algo destinado a desorientarnos respecto a las verdaderas actividades de Wu Lin.

—Eso ya es más convincente —asintió Baby—. Creo que me iban a preparar un bocadillo, ¿no es eso?

—En seguida. ¿De qué lo…?

—He dicho de cualquier cosa. ¿Tienen preparado mi transporte a Acapulco?

—Podemos conseguirle un pasaje en avión cuando quiera. El tráfico es incesante entre Ciudad México Acapulco, así que no hay problema.

—Bien. Esperemos que cuando yo llegue allí, nuestros compañeros tengan algo interesante para informarme. De lo contrario, no tendré más remedio que ver si consigo algo en el *Captain Blood*… *Capitán Sangre*… ¡Qué nombre tan curioso!

—Me permito insistir en que es el título de una vieja película de piratas. Y le debió gustar mucho al señor Varneyer. ¡Demonios, voy a prepararle ese bocadillo!…

Una hora más tarde habían almorzado todos, sin dejar de conversar sobre el asunto, respondiendo los Simones a las preguntas

que se le iban ocurriendo a Baby.

Una de ellas fue:

—¿Alguno de los nuestros ha visto al señor Varneyer?

—Claro.

—¿Y cómo es él? ¿Joven, viejo, alto, bajo, feo…?

Capítulo III

El señor Elmer Varneyer era un hombre más bien bajo, gordito, de piel de natural muy blanca, pero que aparecía enrojecida por el sol. Tenía cara de buena persona rebosante de una simpática malicia infantil. Era calvito, blando de carnes; en contraste con su calvicie, su pecho y piernas eran muy velludos, y los brazos parecían talmente los de un oso. Llevaba unos sorprendentes *shorts* a rayas de colores que más bien parecían un pijama, y una camisa con dibujos florales muy vivos.

A sus cincuenta años, debía tener sin duda bastante experiencia de la vida, pero en aquellos momentos sus ojos claros contemplaban con desconcierto a la hermosa muchacha rubia que tenía ante él.

Una hermosísima rubia de ojos verdes, boca muy ben pintada, quizá con exceso, y un cuerpo sencillamente impresionante. Acababa de ser introducida en el alón por el capitán del yate, que se había retirado, dejando a su patrón a solas con aquel despampanante bombón. Por el largo ventanal corrido se veía el rojo sol del atardecer.

La rubia sonreía deliciosamente, dándose cuenta del desconcierto de Elmer Varneyer.

—No, señor —dijo—: usted no me conoce.

—¡Ah!… Bueno, como Tilford me ha dicho que la señorita Lili Connors preguntaba por mí, he creído que sería alguna persona conocida, aunque no recordase el nombre… Ha dicho usted Lili Connors, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien… ¿En qué puedo servirle, señorita Connors? —Verá usted, señor Varneyer… ¿Puedo sentarme?

—Se lo ruego —enrojeció Varneyer.

Lili se sentó, cruzando las piernas. Varneyer las miró, y por un instante quedó bizco ante la contemplación de aquel par de

maravillas de seda y de oro. Desvió rápidamente su pecaminosa mirada hacia los verdes ojos femeninos, que le contemplaban con amable indulgencia.

—Precisamente —dijo Lili— han sido mis piernas… entre otras cosas, las causantes de mi molesta situación en Acapulco.

Varneyer volvió a enrojecer, pero sonrió.

—No me parecen unas piernas propias para causar problemas. Más bien, para resolverlos.

Lili Connors lanzó una deliciosa carcajada.

—¡Muchísimas gracias, señor Varneyer! Pero la verdad es que a mí, estas piernas… y lo demás, me están causando problemas. No pretendo parecerle una muñeca tonta, pero espero que se haya usted dado cuenta de que resulto más bien una chica atractiva.

Elmer Varneyer se permitió contemplar sin gran discreción no sólo las piernas, sino lo demás. La muchacha tenía un cuello encantador, delicado; unos hombros perfectos; unas caderas que eran una obra de arte; unos senos de forma impecable, altos y elásticos, a juzgar por su leve movimiento al moverse; movimiento que delataba la ausencia de todo artificio sujetador.

—Muy atractiva —musitó Varneyer—. Y hasta el momento no tengo motivo alguno para creer que sea usted tonta, señorita Connors.

—Es usted muy amable. Bueno, como le decía, creo que mi atractivo es la causa de todos mis problemas. Verá usted… Yo vivo en Los Ángeles, donde tengo muchos amigos. Uno de ellos tiene un pequeño balandro y hace unos días, nos invitó a dos amigas y a mí a diésemos una vuelta hasta Acapulco. Como es natural, mi amigo invitó también a otros dos muchachos, para que la cosa estuviese proporcionada… Y nos vinimos hacia aquí. A decir verdad, lo estábamos pasando bastante bien, hasta que… se lo tomaron en serio.

—No comprendo.

—Bueno, no sé qué tal persona es usted… Espero que sea mejor que Jerry y los otros. Quiero decir que claro, un hombre que tiene un yate, lógicamente tiene mucho dinero, y está acostumbrado a proporcionarse placeres siempre que puede. A mí, esto me parece bien. Adoro la vida. Me gusta todo. No vaya a creer que soy una… romántica, pero una de las cosas que más me gustan es el amor.

—No creo que eso sea cosa de tontos —casi rió Varneyer.

—¿Verdad que no? Por lo tanto, durante la travesía desde Los Ángeles a Acapulco, pues… Bueno, digamos que yo no tenía por qué negarle a Jerry que fuese cariñoso conmigo… ¿Me comprende?

—Sí, creo que sí.

—Sí, claro… A decir verdad, los dos fuimos muy cariñosos, el uno con el otro. Como el balandro no es muy grande, nosotros y las otras dos parejas nos turnábamos en la cubierta para hacer el amor, ya que entro del balandro hacía mucho calor. Este yate es grande y amplio, así que la cosa sería diferente… Bueno, además, el amor a pleno sol es maravilloso, ¿no cree? Total, que Jerry y yo terminamos enamorándoos.

—Enhorabuena —murmuró Elmer Varneyer, que seguía navegando por el mar del desconcierto.

—No, señor. ¿Qué cree usted que hizo Jerry, cuando estábamos a punto de llegar a Acapulco?

—No tengo ni la menor idea.

—Pues dijo que ya estaba bien, y que tocaba cambiar de pareja. ¿Se da cuenta? ¡El muy cerdo…! Tanto hablar de amor, tanto decirme que me amaba locamente, y luego me propone que yo dedique mi tiempo a Tom y él seguiría el juego con Alice. Alice y Tom también… ¿Comprende?

—Voy comprendiendo. Bueno, señorita Connors, la verdad…

—Me parece que le estoy poniendo en una situación violenta, así que no voy a entrar en más detalles. En resumen, señor Varneyer, que me negué al juego. Y al llegar a Acapulco, recogí mis cosas, salté a tierra y les dije a esos viciosos que conmigo no contasen para hacer la rueda del amor. Todo tiene un límite, ¿no le parece? Supongo que Jerry ha encontrado aquí mismo otra chica que sí le gustan esas cosas, pero yo no soy tan… refinada. Consecuencia de todo ello es que me encuentro sola en Acapulco, en un hotel barato, sin un centavo, y sin saber cómo puedo arreglármelas para volver a Los Ángeles.

—Ya.

—Entonces, buscando una solución, se me ocurrió que quizá habría en el muelle de Acapulco algún compatriota comprensivo. Me puse a buscar, oí el nombre de usted… y aquí me tiene.

—¿Ha venido a pedirme dinero para regresar a casa? —se pasmó

Varneyer.

—Francamente, no me atrevo a tanto. En realidad sólo pretendo volver sin necesidad de ganar el dinero necesario haciendo cosas que no me gustarían. En fin, señor Varneyer, que se me ha ocurrido que alguno de los yates norteamericanos anclados en Acapulco podría llevarme hasta Los Ángeles.

—¡Caramba! —exclamó Varneyer.

—No crea usted que le estoy contando un cuento, por favor. Tengo mi pasaporte, todo está en regla. Pero no tengo dinero. De modo que si usted va a volver pronto a casa, y fuese tan amable de llevarme en su yate, se lo agradecería muchísimo.

—¡Sí, sí, sí, entiendo! Pero la cosa no es tan fácil señorita Connors. Y, por otra parte, temo que tardaré mucho en volver a Estados Unidos.

—¡Oh! ¿Cuánto tardará?

—Pues no sé exactamente, pero no menos de tres meses,

—¡Oh!

—Lo siento de veras.

—¡Zambomba, tres meses!… ¡Esas sí que son buenas vacaciones, señor Varneyer!

—No son exactamente vacaciones. Lo cierto es que estoy atendiendo asuntos de negocios en Acapulco.

—Sí, comprendo… Bien…

—De todos modos… —Varneyer sacó un rollo de billetes de un bolsillo de la camisa—, estaré encantado de ayudar a una muchacha tan simpática como usted. ¿Se arreglará con trescientos dólares?

Tendió los billetes a Lili, que tras contemplarlos muy seriamente, lanzó el rayo verde de sus ojos a los de Varneyer.

—Señor Varneyer —musitó—; si yo quisiera ganar dinero…

—No me ha entendido usted —sonrió él—. No le pido nada de lo que está pensando, no es un pago por… servicios personales… Simplemente, estoy intentando ayudarla del único modo que puedo en estos momentos.

—¿De verdad lo hace por nada?

—Puedo permitirme esta buena obra hacia una compatriota tan linda como usted. Vamos, señorita Connors, no vacile: soy millonario, así que trescientos dólares no significan gran cosa para mí.

—Bien —vaciló ella, volviendo a mirar el dinero; e pronto sonrió —. ¡Usted sí que es simpático, señor Varneyer!

—Esa es exclusivamente mi intención —rió él—. Vamos, tome el dinero y asunto concluido.

—Gracias —Lili tomó los billetes y los guardó en su maletín rojo con florecillas azules estampadas—. ¿No e le ha ocurrido que yo podría estar tomándole el pelo?

—¿Cuál pelo? —rió Varneyer, pasándose la mano por la calva cabeza—. Además, esto es cosa suya. Yo quedo tranquilo, y tan rico como antes.

—Es usted muy amable… Yo diría que incluso encantador. ¿Por qué una mujer tiene que relacionarse con hombres mayores de cuarenta años para encontrarlos encantadores? ¡Los jóvenes son tan egoístas y brutales!

—No exagere, no exagere… Lo que pasa es que su amigo Jerry le ha salido un pájaro de cuidado. Pero también hay…

En la escalerilla que comunicaba con cubierta se oyeron unas pisadas. Unas pisadas secas y breves, que Lili Connors identificó en el acto como pertenecientes a una mujer…, a menos que un hombre utilizase zapatos de tacones altos y agudos.

Era una mujer. Una mujer de unos veintiocho años, alta, de larga cabellera castaña, ojos oscuros. Elegante, preciosa… De lujo. La boca bien podía valer cien dólares la hora…, valorada desde un punto de vista estrictamente masculino. Lili Connors se puso en pie con expresión turbada. La otra mujer se quedó inmóvil en la entrada al *living-yatch*, visiblemente desconcertada.

—Perdona, Elmer. No sabía…

—Pasa, por favor, Winifreda —se puso también en pie Elmer Varneyer—. La señorita Connors se iba ya.

—Sí… —dijo Lili—. Sí, sí.

—No quiero interrumpir —rechazo con gesto amable Winifreda —. Pero creo que es hoy cuando íbamos a cenar juntos, Elmer.

—Por supuesto.

—Bien. Iré a la cocina, a ver si Mei Chow ha tenido en cuenta mis gustos.

—¡Oh! —exclamó Lili, mirando con los ojos muy abiertos a Varneyer—. ¿Tiene usted un cocinero chino?

—Así es.

—¡Me encanta la cocina china! ¡Si alguna vez fuese rica, tendría un cocinero chino para mí sola! Pero ¿sabe lo que voy a hacer? ¡Puesto que ahora tengo dinero, voy a ir a cenar a un restaurante chino! ¡Oh, Dios mío! —se sobresaltó—. ¡Quizá no haya ningún restaurante chino en Acapulco!

Winifreda, que contemplaba con asombro a Lili, se echó a reír de pronto.

—Me parece, Elmer, que la señorita Connors está intentando conseguir una invitación a cenar.

—¡Oh, no!… —se sofocó Lili—. ¡No he pretendido…!

—¿Y por qué no? —propuso alegremente Varneyer—. Puesto que la cocina china le gusta tanto, estaría encantado de que se quedase… Y no creo que a Winifreda le moleste.

—Claro que no —negó ésta, sonriendo.

—Bueno… No sé… Temo que mi presencia…

—¡Tonterías! Las voy a presentar formalmente: doctora Winifreda Travers, señorita Lili Connors. Y ahora, si me lo permiten, seré yo quien vaya a decirle a Mei que tenemos otra invitada. Vuelvo en seguida.

Elmer Varneyer se dirigió a la cocina, seguido por la mirada de Lili, que la volvió, luego, hacia Winifreda Travers.

—¿De verdad no molesto? —murmuró.

—Claro que no.

—Me ha parecido que usted y el señor Varneyer, pues…

—¡De ninguna manera! —volvió a reír Winifreda—. Y para serle sincera, Lili, cuando he entrado y la he visto a usted he pensado que Elmer no recordaba que hoy me había invitado, y que se había procurado una compañía de su agrado.

—No, no. En realidad, he conocido al señor Varneyer hace unos minutos.

—¿De veras…? ¿La ha enviado algún amigo común, quizá?

—Pues no —Lili emitió una risita divertida—. Estoy segura de que usted comprenderá mejor que el señor Varneyer lo que me ha ocurrido. Verá, yo vivo en Los Ángeles, y…

Cuando Elmer Varneyer regresó, las dos mujeres reían, divertidísimas. El propietario del yate frunció el ceño simpáticamente.

—Venía a preparar unos aperitivos, pero si molesto…

—Casi, casi —continuó riendo Winifreda—. Lo que me está contando Lili no es apto para hombres. Pero creo que, puesto que eres el dueño del yate, no podemos prescindir de tu presencia. En cuanto al aperitivo, es una buena idea. ¿Sí, Lili?

—¡Oh, a mí me gusta todo! —rió Lili Connors.

La cena fue un éxito de buen humor, y quedó demostrado cumplidamente que Lili Connors era una auténtica adicta a la cocina china, de la cual entendía lo suficiente para ganarse la aprobación del silencioso Mei Chow, que además de cocinero servía como camarero.

Mei Chow era bajito y delgado, tan menudo y leve que casi parecía flotar; aparecía y desaparecía como una simple pluma movida por el viento. Quizá tendría sesenta años, y estaba un tanto arrugado, pero sus cabellos eran intensamente negros, como sus pequeños ojos, que se movían siempre en dirección a Lili cuando ésta probaba uno de los platos.

—Mmmm… —entornaba los ojos la señorita Connors—. ¡Delicioso! Perfecto… Es decir… Bueno, no sé cómo decirlo, pero el bambú… Bueno, el bambú…

—Está un poco dulo —refunfuñaba rápidamente Chow—. Pelo es que aquí no se puede complal bambú flesco, y el de lata ha sido mal conselvado. ¡Nunca más complalé de esa compañía envasadola! Siento mucho, señolita.

La conversación fue girando, hábilmente orientada por Lili, hacia los temas que le interesaban. Así pues, cuando la cena terminó, ella sabía que Winifreda Travers se había establecido en Acapulco para ejercer su carrera médica; había llegado de vacaciones un par de años antes a Acapulco, para pasar tres semanas. Cuando terminaron las tres semanas regresó a Chicago. Un mes más tarde, volvió, y allí estaba. Tenía clientes del país, y sobre todo norteamericanos en vacaciones, que se iban pasando unos a otros el nombre de la doctora Travers.

Uno de estos norteamericanos que había requerid los servicios médicos de Winifreda había sido Elmer Varneyer, que la había conocido directamente en una fiesta dada en un yate de otro norteamericano. Unos días más tarde, Varneyer tuvo una molesta gastritis y llamó a Winifreda. Desde entonces se habían hecho amigos y se veían con mucha frecuencia en Acapulco. El señor

Varneyer, hombre bondadoso y tranquilo, se dedicaba a algo que dejó asombrada y maravillada a Lili Connors: la fabricación de juguetes. Tenía una fábrica en San Mateo, California, y evidentemente las cosas le iban muy bien. Pero la fuerte competencia en Estados Unidos le había obligado, como a otros, a buscar una expansión, que él mismo estaba organizando en México mientras disfrutaba de una plácida vida en Acapulco… ¿Y la señorita Connors? ¿A qué se dedicaba? ¡Oh, pues un poco de cada cosa! A veces trabajaba como manicura en un hotel. Otras veces posaba como modelo fotográfica. En otras ocasiones, algún amigo la invitaba para hacer de «relleno» simpático en alguna fiesta con hombres que llegaban en viajes de negocios a Los Ángeles… Cosas así.

Hacia las diez de la noche. Winifreda miró su reloj, y compuso un gesto de fastidio.

—Bueno, la fiesta ha terminado para mí. Mañana tengo que madrugar.

—Yo no —dijo Lili—, pero creo que también debo retirarme ya. Lo hemos pasado muy bien, ¿verdad?

—Estupendamente —rió Winifreda—. No veo por qué tiene que marcharse usted también, Lili. Estoy segura de que Elmer aceptaría con mucho agrado su compañía durante más tiempo.

—Así es —asintió Varneyer—. Pero, aunque parezca mentira, yo también tengo un poco de trabajo: cartas, cosas así. Y, por otra parte, temo que si Lili se quedase conmigo no podría cumplir mi palabra de no pedirle nada a cambio de la cena.

—Elmer —contuvo la risa Winifreda—, te lo digo como médico: cuidado con los excesos.

Volvieron a reír los tres. La decisión final fue que Lili y Winifreda marchasen juntas. Varneyer salió a cubierta a despedirlas. Hizo un último gesto cuando hubieron recorrido la blanca pasarela y llegaron al muelle, y volvió al interior del yate.

—¡Bueno! —exclamó Winifreda—. Yo voy a tomar un taxi, querida. ¿La dejo en algún sitio?

—¡Oh!, estoy bastante lejos de aquí, hacia el interior… Como no tenía dinero, me pareció que era más prudente alojarme en un hotel modesto: el hotel Calvario. ¿Lo conoce?

—Yo no. Pero cualquier taxista sabrá la dirección. La

acompañaré.

—No se moleste. Ahora ya tengo dinero.

—No es ninguna molestia —la miró sorprendida Winifreda—. Me gusta charlar con usted, Pero si está cansada y prefiere…

—¡Oh, no! Lo decía por usted, Winifreda.

—Entonces, no hay más que hablar.

Un par de minutos más tarde tomaron un taxi, cuyo conductor, en efecto, sabía dónde estaba el hotel Calvario. Al oír el nombre, miró con mal contenida sorpresa a las dos bellas mujeres que le pedían que las llevase allí.

Y poco después, Winifreda Travers comprendía motivo de esa sorpresa: ninguna de las dos, jóvenes y bonitas, bien vestidas, parecían encajar en aquel el edificio construido quizá cuarenta años antes en una calle apartada, casi fuera de la ciudad. No era sólo modesto, sino que parecía sucio, y resultaba, sin duda alguna, desagradable, mal iluminado…

Lili captó la mirada de Winifreda y encogió los hombros.

—No vale la pena que me moleste en ir a otro hotel, esta noche. Mañana regreso a casa.

—Es una lástima. Particularmente, me gustaría que nos volviésemos a ver. Y a Elmer también le ha sido usted muy simpática.

—Bueno, quizá me quede un par de días más… No sé. ¡Adiós, Winifreda! Y gracias por todo.

Lili se apeó, y desde la desconchada acera del hotel, saludó con la mano hacia el taxi, que se alejaba. Cuando lo perdió de vista, entró en el hotel… Pero no s acercó a pedir su llave, sino que fue directa a los servicios. Ya dentro de una cabina, sacó un paquete de cigarrillos del maletín, y tiró de uno de ellos.

—¿Simón? —musitó.

Capítulo IV

Quince minutos más tarde, Simón-Acapulco II detenía el coche en el lugar convenido. La rubia apareció a los pocos segundos, se metió en el coche, sentándose a su lado, y señaló hacia la zona más resplandeciente de la ciudad.

—Vamos al apartamento de Wu Lin —dijo.

—¡Hola! —sonrió un poco el espía.

Lili Connors le miró sorprendida. Pero de pronto también sonrió, levemente. Simón-Acapulco II tenía razón: ella estaba actuando demasiado fríamente, como si fuesen máquinas funcionando indiferentes a todo. Jamás había visto a aquel Simón, ni él a ella. Pero ella era Baby, él había sido puesto directamente a su servicio, en Acapulco, mientras los demás buscaban a la mujer que había estado con Wu Lin, a éste y al coche, y lo menos que esperaba aquel agente de la CIA era una mirada de la niña mimada de la CIA…

—Lo siento… —murmuró—. ¡Hola! ¿Qué tal?

—Bien. ¿Lleva peluca?

—Sí, claro.

—¡Ah! Lo digo porque, si no le pegaría un tiro: me dijeron que Baby era morena.

—Entiendo, Simón. No se preocupe, soy yo. ¿O no me cree?

—Si me hubiese sonreído de buenas a primeras, quizá no. Pero yo también la entiendo a usted… y no quisiera estar en el pellejo de quien mató a… a…

—A Bill Shivers —terminó Baby.

—Ahora, sí: perfecto. ¿Al apartamento de Wu Lin? ¿Para qué? Ya estuvimos nosotros por allí y no encontramos nada. Uno de tantos apartamentos amueblados, que se alquilan a los turistas.

—Echaré un vistazo.

Simón puso en marcha el coche. Durante un par de minutos viajaron en silencio, hasta que Baby salió de su abstracción. Sacó su

encendedor, y lo deslizo en el bolsillo superior de la chaqueta de Simón, que se limitó a mirarla.

—Hay unas fotografías que quiero que envíe urgente mente a Ciudad México. Pertenecen a un tal Tilford capitán del yate *Captain Blood*; a dos hombres de la tripulación; al cocinero chino, llamado Mei Chow; a propietario del yate, Elmer Varneyer… Y a una mujer de algo menos de treinta años, muy bonita, elegante, de cabellos castaños y ojos oscuros, que podría parecer una ramera de lujo con boca de cien dólares la hora… ¿Me comprende?

—Desde luego que sí —exclamó Simón—. ¿Dónde la ha visto?

—En el yate de Varneyer. Se llama Winifreda Travers, y dice ser doctora en medicina, instalada en Acapulco hace un par de años. Que nuestro compañero herido la vea, y notifique si es la mujer que estaba con Wu Lin en el apartamento de Bill Shivers. Luego, que envíen esas fotos a la Central, y que investiguen a todos los personajes.

—Muy bien. Estoy pensando que si esta mujer es la que buscamos, podríamos encontrar a Wu Lin por medio de ella. Y claro está, el coche, que debe ser de ella.

—Calma. Quiero trabajar sobre seguro. Además, las cosas han ido de tal manera que no he podido saber dónde tiene ella su consultorio.

—En el listín telefónico…

—Ya lo he mirado, hace unos minutos, en el hotel. No aparece el nombre de Winifreda Travers. Supongo que tiene alquilado un despacho, o algo así, propiedad de alguien a cuyo nombre está el teléfono. Yo me inclino a creer que la doctora es la mujer que buscamos, pues de lo contrario sería todo demasiado casual, pero vamos a trabajar con calma, Simón.

—De acuerdo. No sabíamos que Varneyer tuviese un cocinero chino.

—Seguramente no sale del yate casi nunca. Ese es otro punto a estudiar… Pero, ante todo, veamos qué se puede sacar en claro de una visita al apartamento de Wu Lin.

—Si usted encuentra allí algo que pueda sernos útil, la admiraré todavía más.

—En ese caso, tendré que esmerarme.

Wu Lin había estado ocupando un apartamento en un edificio de

cinco pisos de la calle Totluca, cerca de Costera Alemán; un edificio discreto, de tono claro, con pequeñas terrazas que miraban hacia la bahía. Simón-Acapulco II detuvo el coche a un centenar metros, y lo señaló.

—Apartamento 3 C. ¿La espero para llevarla al hotel?

—No. Vaya a llevar esas fotografías a uno de los nuestros, para que salga en el acto hacia Ciudad México.

—¿Y ya está? ¿Qué hago luego?

—Está bien… Vuelva aquí. Si todavía ve luz en la terraza de Wu Lin, espéreme. Si no hay luz, quiere decir que ya me habré marchado al hotel, en un taxi.

—Me daré prisa.

Lili Connors se apeó, y el coche se alejó. Despacio, se fue acercando Baby hacia el edificio. No. No era el número 144, desde luego. Habría sido absurdo que eso no hubiese quedado aclarado desde el primer momento.

Entró en el edificio, que no disponía de ascensor, y subió silenciosamente al tercer piso, tras encontrar en el vestíbulo el conmutador de la luz de la escalera, que ya estaba apagada. Miró los buzones para correspondencia, pero en ninguno de ellos constaba el nombre de Wu Lin. Se detuvo ante la tercera puerta, señalada con la letra C. Del maletín sacó el juego de ganzúas, con una de las cuales tardó menos de diez segundos en hacer girar la cerradura. Entró, encendió la luz y cerró la puerta.

Era un apartamento deshumanizado. Uno de eso sitios donde la gente pasa sin dejar rastros personales, frío, impersonal. Un sitio para alquilar por quince días o un mes, quizá todo un trimestre, pero nada más. Muebles vulgares, cuadros vulgares, utensilios de cocina vulgares, frigorífico desconchado, bañera con estrías color ocre… Horrendo.

Ni en el cuartito de baño, ni en la cocina, ni el dormitorio, había nada. El armario estaba vacío, pequeña sala de estar era sencillamente repelente. Ni siquiera concibió la esperanza de encontrar algo bajo el empapelado de las paredes, por la razón de que no estaban empapeladas, sino pintadas de blanco. Tampoco había nada detrás de los cuadros, ni debajo de los muebles, ni detrás del armario.

Era un lugar tan desangelado que la espía internacional

comprendió desde el primer momento que Simón había tenido razón: no iba a encontrar absolutamente nada. Y menos aún teniendo en cuenta que hombre que había estado allí era un agente del servicio secreto chino. Un experto. No debía haber dejado ni siquiera una colilla.

Todo lo que encontró, en definitiva, fue unos pequeños montoncitos de tierra en el suelo del armar bajo los listones para colocar los zapatos. Ni siquiera los miró dos veces. Salió del dormitorio una vez más, miró su relojito, y encogió los hombros. No siempre iba a tener ella más suerte que los demás.

Había estado allí veinticinco minutos, y no esta dispuesta a perder más tiempo. Si Simón la estaba esperando abajo, bien. Si no, tomaría un taxi. Fin. Esta cansada de viajes, y una noche completa de buen sueño le sentaría de maravilla. Apagó la luz, salió del apartamento, cerró con la ganzúa y emprendió el descenso.

Medio minuto más tarde, salía a la calle, mirando a los lados, por si Simón estaba por allí… Sólo miró al hombre que se había colocado junto a ella, cuando oyó su voz:

—Dentro de cinco segundos, un coche se va a detener delante de nosotros: suba a él.

Baby había vuelto la cabeza, y contemplaba con gesto indiferente el rostro del hombre. Un blanco de unos treinta años, mediana estatura, rostro vulgar. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la blanca chaqueta.

—¿Me ha comprendido? —susurró el hombre.

—Sí.

Un coche se detuvo ante ellos. La rubia Lili fue hacia él y entró tranquilamente en el asiento de atrás, observada atentamente por el conductor, que estaba vuelto hacia ella apuntándola con una pistola. Se volvió hacia el volante cuando entró el otro, ya con la pistola en la mano.

El coche apenas había estado detenido tres o cuatro segundos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Baby.

—Mejor díganos quién es usted —dijo el que viajata junto a ella.

—Me llamo Lili Connors, y soy una turista americana que está buscando apartamento.

—Para ser norteamericana habla usted muy bien el español… Pero seguramente sí es yanqui. En cuanto a lo de que busca

apartamento, sin duda es cierto: el de Wu Lin. ¿Ha encontrado algo interesante allá arriba?

—No sé de qué me habla.

—Hace días que estamos vigilando el edificio con el fin de cazar a alguien a quien pedirle explicaciones sobre lo que la CIA ha llegado a saber de Wu Lin. Usted ha llegado a pie, ha entrado en el edificio, y medio minuto después hemos visto encenderse luz en la terraza del apartamento. Además, no es usted una inquilina habitual del edificio, de modo que cosa está clara, ¿no?

—¿Qué es lo que quieren saber, exactamente?

—Ya se lo he dicho: ¿qué sabe la CIA de Wu Li?

—Pensamos que es un agente del Lien Lo Pou. Por eso, uno de los nuestros le vigilaba: se llamaba William Shivers. Ahora, queremos saber qué significado tiene que retiraran toda la sangre del cuerpo de Shivers. Naturalmente, estamos buscando a Wu Lin y a la mujer blanca que estaba con él.

—Claro. Bien, fue mala suerte para nosotros que llegase otro agente de la CIA. Lo previsto era que el cadáver de Shivers fuese retirado poco después, pero en vista de los acontecimientos, de la inoportuna llegada del otro, Wu Lin decidió no correr más riesgos.

—Me parece razonable —admitió sosegadamente Lili—. ¿Quién es la mujer que estaba con él?

—No se engañe con nuestra amabilidad, señorita Connors. Somos nosotros los que queremos saber cosas. Por ejemplo: ¿sabe la CIA algo referente a lo contactos de Wu Lin?

—¿Qué clase de contactos? ¿A qué se refiere?

—A todos los contactos que tenía Wu Lin aquí.

—No, no sabemos nada al respecto. Tenemos fotografías de él, y sabemos qué sitios visitaba, pero lo hacía bien, así que no hemos llegado a ninguna conclusión Por lo tanto, todo nuestro objetivo es Wu Lin.

—Magnífico.

—No tanto. Cuando vean a Wu Lin y a la mujer que estuvo con él, díganles que están condenados a muerte.

—Les pasaremos el recado —sonrió el hombre—. Es usted una persona muy serena, señorita Connors.

—Desde luego. Tengo mucha más experiencia que ustedes en situaciones como ésta. Soy una auténtica espía profesional… En

cambio, ustedes son simples aventureros de baja calidad, contratados como peones de brega por personas mucho más inteligentes y preparadas. Generalmente, los hombres como ustedes son los que peor lo pasan en este tipo de confrontaciones entre servicios secretos.

—Habla usted demasiado —susurró el hombre.

—Pero con exactitud. ¿Aceptarían un trato conmigo?

—¿Cuál trato?

—Voy a ser generosa, ofreciéndoles mucho más que Wu Lin y sus contactos: la vida. Paren el coche, dejen que me marche, y abandonen México en el primer avión que salga de Acapulco… pero no hacia Estados Unidos.

—No puedo creer que una boca tan bonita diga tantas tonterías.

Lili Connors frunció el ceño, y ya no dijo nada más. El coche circulaba hacia el interior. Ya había dejado atrás el centro de Acapulco, y la espía comprendió que el propósito de aquellos hombres era salir de la ciudad.

En efecto. Pocos minutos después, Acapulco quedaba atrás.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lili.

—A ningún sitio determinado.

Ella comprendió en el acto. No pensaban llevarla adonde estuviese Wu Lin o alguno de sus contactos: simplemente, salían de la ciudad para matarla y dejarla tirada en cualquier sitio. Pero no tenía por qué demostrar que comprendía esto; todo lo contrario, debía mostrarse tranquila y hasta algo tonta, si lo conseguía.

—Bueno, supongo que lo sabré cuando lleguemos.

—Sin duda alguna.

Con una pistola apuntándole al vientre por el lado del costado derecho, Baby trazó en pocos segundos su plan de supervivencia. Sólo habría un instante en que el hombre que tenía junto a ella se relajaría, para cambiar de postura: el momento en que el coche se detuviese. En ese momento el hombre respiraría con más profundidad, movería la pistola, y durante una fracción de segundo, al moverse, abandonaría aquella tensión vigilante. Sólo una fracción de segundo; luego, dispararía. ¿O quizá la haría salir del coche antes?

Pocos minutos después, el conductor metió por un camino a la derecha. La oscuridad era total, pues el conductor había apagado

los faros utilizados en la carretera. El coche circulaba muy lentamente, rebotando con suavidad, como si rodase sobre una colchoneta hinchable.

Y de pronto, se detuvo.

—Aquí podem… —empezó el conductor.

Baby alzó con fuerza la rodilla derecha, impulsando el maletín al tiempo que lo alzaba también con la mano derecha, desviándolo hacia la mano armada del que estaba a su lado.

El hombre lanzó un respingo al recibir el golpe certero, y tan fuerte, que su mano subió hacia su rostro, de modo que su propia pistola le golpeó en la boca, partiéndole los labios y un diente, y sacudiendo con terrible fuerza su cabeza.

Pareció que el maletín rebotase, porque salió en el acto hacia adelante, golpeando en pleno rostro al otro, que se volvía lanzando una exclamación. El impacto le alcanzó cuando tenía la cabeza vuelta hacia atrás, y en su cuello se oyó un crujido cuando se dobló hacia el hombro izquierdo, como si fuese de goma.

Lili Connors no esperó más… En realidad, ya estaba volviéndose hacia la portezuela, que abrió con veloz empujón, para lanzarse de bruces al exterior, iluminado tan sólo por el difuso resplandor de las luces de posición del vehículo. Inmediatamente, aferrada al maletín, giró sobre sí misma varias veces, hacia la izquierda, de modo que su desplazamiento la llevó hacia la parte de atrás del coche…

Pero ni siquiera había terminado de girar cuando el hombre que había estado sentado junto a ella salió como disparado, barbotando maldiciones y esgrimiendo la pistola, que destelló en la oscuridad.

—¡Puta perra, te voy a…! ¡Agggg…!

Brigitte no había visto ni oído nada, salvo las brutales palabras de su enemigo, que terminaron en un estertor rugiente mientras saltaba hacia atrás, y caía de espaldas. Se puso en pie como un muñeco de pim-pam-pum, y entonces sí oyó Baby el chasquido tras ella a menos de diez metros:

Plop.

El hombre no gritó esta vez. Simplemente, volvió a caer de espaldas, violentamente, lanzando la pistola hacia el cielo, y lo mismo los pies; sus piernas se vieron un instante formando una «V» en el aire, antes de que cayese de cabeza y quedase inmóvil.

Mientras tanto, Baby se había apresurado a colocarse tras el

coche, abrió apresuradamente el maletín, y sacó la pistolita de cachas de madreperla.

Silencio.

Diez segundos. Veinte. Medio minuto…

La espía volvió la cabeza hacia la oscuridad.

—¿Simón? —llamó suavemente.

—Sí —le llegó la voz—. Tenga cuidado.

Brigitte se deslizó hacia el otro lado del coche, y caminó encorvada hacia la portezuela delantera derecha. Cuando se asomó cautelosamente, vio al conductor todavía ante el volante, caído de lado hacia su portezuela, con la cabeza hacia el hombro izquierdo, en postura harto reveladora.

Abrió la portezuela, se sentó a su lado y le puso dos dedos de la mano izquierda en la carótida derecha. Luego salió del coche y fue a examinar al otro. Había caído hacia la parte delantera del coche, de modo que se le veía bastante bien gracias a las pequeñas luces amarillas de posición. Tenía un balazo en el pecho, y otro bajo el ojo derecho.

Baby se irguió, haciendo un gesto con el brazo. A los pocos segundos, Simón-Acapulco II emergió de las sombras.

—¿Están muertos? —preguntó.

—Sí. El otro tiene el cuello roto.

—¿Lo ve? —mascculló el espía—. ¡No es conveniente ir solo, cuando las cosas se ponen serias, Baby! La estaba esperando donde la dejé, y la vi salir. No pude impedir que la metiesen en el coche, pero algo he hecho, ¿verdad?

—Le estoy muy agradecida. Veamos qué encontramos en el coche que pueda orientarnos.

En el coche no encontraron nada que pudiese orientarles. Uno de los hombres se llamaba Arcadio Pérez; y el otro Julio Sanjinés; el primero, mexicano; el segundo, venezolano. Se quedaron sus documentaciones y las pistolas, todo lo cual sería enviado a la Central por si allá conocían a ambos sujetos por sus nombres o, si éstos eran falsos, los rastreasen obteniendo las huellas digitales que sin duda habría en las pistolas.

—Vamos a meter a éste en el coche, y lo sacaremos del camino —dijo Lili Connors—. Cuanto más tarden en encontrarles, mejor. Agárrelo por ahí.

Simón asió a Arcadio Pérez por los sobacos, y Brigitte lo hizo por los tobillos. Le metieron dentro de coche, en la parte de atrás. Al soltarle, Baby se quedó mirando los zapatos de Pérez, bastante manchados de barro. ¿Barro? Allí no había barro. Ni en Acapulco, por supuesto. Barro ya seco, que se deshizo en el punto don de la espía presionó con un dedo.

—¿Qué pasa? —preguntó Simón.

—Nada… por el momento.

Para asombro de Simón, Baby les quitó un zapato a cada hombre. Luego, Simón se puso al volante. Tras empujar a Sanjinés hacia el otro extremo del asiento puso en marcha el motor; condujo el coche lejos del camino, a unos cien metros, y regresó junto a Baby, orientado por la luz de la pequeña linterna-bolígrafo de ésta.

Poco después se alejaban de allí en el coche de Simón. Y apenas quince minutos más tarde, éste frenaba cerca del hotel Calvario. Para entonces, Brigitte había envuelto los dos zapatos por separado, utilizando varias toallitas de papel que sacó de su maletín. Puso ambos paquetes en el asiento de atrás y miró al sorprendido Simón.

—En el armario del apartamento de Wu Lin hay unos montoncitos de tierra que, sin duda, se desprendo de sus zapatos. También en estos dos zapatos hay tierra seca. Quiero que la examinen, para saber si es fe misma tierra, de lo cual estoy convencida de antemano, pues Wu Lin y esos dos desdichados debieron estar en el mismo sitio en determinado momento. Luego, quiero que analicen la tierra y me digan de dónde procede. No creo que ese lugar esté muy lejos… y no hace mucho que debió llover allí. O hay un río, o una laguna… Tiene que ser un sitio donde haya barro o haya habido no hace mucho. ¿Lo entiende?

—Sí. Pero aquí en Acapulco no tenemos medios para estos análisis.

—Pues envíe los zapatos a Ciudad México. Y si es necesario, que uno de los nuestros vaya a la Central cuanto antes. Quiero saber eso y pronto.

—Está bien. ¿Encontró en el apartamento de Wu Lin algo más que esos montoncitos de tierra?

—No. Llámeme en cuanto sepa algo de esto. ¡Adiós Simón!

—¡Adiós!…

Lili Connors se apeó del coche y caminó hacia su hotel. Cinco

minutos más tarde estaba en su habitación, que no estaba, ni por asomo, a la altura de las que solía utilizar la señorita Montfort, pero que dejaba por completo indiferente a la agente Baby.

Se desnudó, encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama, pensativa. Desde luego, estaba cansada hasta el borde del agotamiento. Había viajado desde Malta a Roma, de allí a París, de París a Nueva York, de ésta a Ciudad México y, finalmente a Acapulco.

Estaba apagando el cigarrillo en el cenicero de barro cocido, cuando junto a su mano sonó el desportillado teléfono polvoriento. Le dirigió una mirada de sorpresa, pero naturalmente atendió la llamada.

—¿Sí?

—…

—¡Winifreda! ¡Qué sorpresa! ¿Ocurre algo?

—¡Ah, sí! Bueno, es que cené demasiado; cuando estaba en el hotel decidí salir a dar un paseo antes de acostarme. Acabo de regresar.

—¿Que si me encuentro bien? —se sorprendió Lili Connors—. Pues sí, perfectamente. ¿Por qué?

—No comprendo.

—¿Mañana? Sí, de acuerdo. Había decidido quedarme unos cuantos días más, aprovechando la generosidad del señor Varneyer. ¿Dónde nos vemos?

—De acuerdo. Sí, a las diez. ¿Ha dicho el número 144?

—Bien. Estaré puntual.

—¿En ayunas? Me está preocupando, Winifreda… ¿Qué ha visto en mí para…?

—Sí, sí. Esperaré a mañana. Adiós, Winifreda. Y gracias por su interés.

Lili Connors colgó el auricular, y se quedó contemplándolo fríamente. Fue adonde había dejado el maletín, sacó el paquete de cigarrillos y efectuó la llamada.

—¿Simón?

—¡Hola! Estaba ocupándome del asunto de los zapatos… Uno de los nuestros va a salir ahora mismo, en coche, hacia Ciudad México.

—Estupendo. Pero le llamaba por otra cosa: no busque más a la mujer que acompañaba a Wu Lin, porque ya la he encontrado yo…

Capítulo V

Winifreda Travers recibió muy sonriente a Lili Connors en su apartamento-consultorio del 144 de Avenida Guerrero. Sonriente, pero mostrando una convincente preocupación en el fondo de sus ojos.

—¡Hola, Lili!… ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Muy bien —Lili parecía desconcertada y un poco asustada—. Pero apenas despertar he recordado su llamada y, francamente, creo que estoy asustada.

Winifreda cerró la puerta y señaló hacia el fondo. Lili miró a todos lados, y comentó:

—Esto es bien diferente a mi habitación en el hotel Calvario… ¿Es suyo, o lo tiene alquilado?

—Alquilado. Soy un médico caro —rió Winifreda—, así, que debo dar una imagen convincente a mis pacientes. Pasemos al despacho.

El despacho era amplio, muy confortable, con un gran ventanal desde el cual se veía el mar. Era un día soleado y tibio de diciembre; el cielo estaba despejado completamente, sin siquiera una nubecilla.

—Me parece —dijo Lili— que éstas no son sus horas habituales de visita, ¿verdad?

—Claro que no. Una cosa son los pacientes y otra cosa son los amigos. No se preocupe, nadie nos molestará, Lili.

—Bien —la rubia Lili se sentó en uno de los sillones, y miró expectante a Winifreda—. Ahora, dígame lo que sea. Anoche me alarmó usted, al preguntarme si me encontraba bien. Y por más vueltas que le he dado al asunto, no comprendo…

—¿Cuánto hace que no ha ido a que la examine un médico?

—¿Yo? Creo no haber ido nunca en mi vida. Aunque supongo que de niña tendría alguna cosita, como todos los bebés. Pero no lo

recuerde.

—¿No ha estado nunca enferma?

—Enferma, no, nunca.

—Es extraño… Muy extraño —Winifreda pasó a sentarse tras su mesa, y señaló el libro que tenía abierto sobre la carpeta—. Anoche mismo, apenas llegar, me puse a repasar este libro… de Medicina, naturalmente. Y en efecto, encontré en él la explicación sintomatológica de su dolencia.

—¿Mi dolencia? —respingó Lili—. ¡Estoy perfectamente!

—¡Ojalá! ¿Bebe usted?

—Sí, claro. Bueno, moderadamente… Ya lo vio anoche, durante la cena.

Winifreda Travers se quedó mirando las abiertas páginas del libro, muy pensativa. Parecía no saber cómo decir algo que debía haber pensado mucho. De pronto miró a Lili, se puso en pie, y fue hacia una mesita auxiliar, de la cual tomó una bandeja. Se colocó ante Lili, dejando la bandeja en un extremo de la mesa, de modo que la rubia pudo ver la jeringuilla, ya cargada de un líquido ambarino.

—Está usted al borde de una hepatitis, Lili.

—¿Qué? ¡Imposible!… La hepatitis es una enfermedad del hígado, ¿no es así?

—En efecto.

—¡Jamás me ha dolido el hígado!

—No tiene por qué dolerle —sonrió Winifreda—. No, al menos, en el sentido convencional del dolor físico. Supongo que no tiene miedo a las inyecciones, Lili.

Ésta miró la jeringuilla, miró de nuevo a Winifreda y se puso en pie.

—La… la verdad es que nunca me han puesto ninguna, así que… Bueno, ¿pero qué tengo? Mi hígado está perf…

Winifreda la atajó con un gesto, tomó la jeringuilla y movió negativamente la cabeza.

—Hagamos las cosas con orden. Ante todo, tengo que inyectarle esto, y luego seguiremos conversando y estableceremos el plan de recuperación. Lo hago por su bien, Lili. Sólo hay que ver el color de…

Winifreda Travers no dijo nada más. Se quedó muda,

estupefacta, cuando la lentilla de color verde se desprendió, y apareció la tonalidad de un bellísimo azul. La lentilla quedó en el dorso de la mano de la doctora, que la miró sin salir de su pasmo, y miró de nuevo aquel ojo de un azul bellísimo.

—¿Me permite? —recogió delicadamente Lili la lentilla de color verde, con la mano izquierda.

Y casi simultáneamente, su mano derecha iba hacia su hombro izquierdo, para, desde allí, lanzar el golpe; el canto de la mano chascó con blando sonido en el lado derecho del cuello de Winifreda, que puso los ojos en blanco, dejó caer la jeringuilla, y se derrumbó de espaldas sobre la mesa, haciendo caer al suelo la bandeja metálica. Lili se colocó de nuevo la lentilla, asió por la ropa a Winifreda y la sentó en el sillón.

Cinco minutos más tarde, Winifreda Travers continuaba sin sentido, atada de pies y manos, sólidamente, e inmovilizada en el sillón por un par de sábanas anudadas tras el respaldo. El «empaquetamiento» no podía ser más perfecto. Y todavía, con un par de tiras de esparadrapo de color carne, Baby amordazó a Winifreda.

Durante diez minutos, como olvidada de la doctora, se dedicó a examinar el apartamento-despacho, de punta a punta. No buscaba cosas pequeñas, sino, en principio, medios de comunicación. No encontró nada de esto, así que volvió al despacho. Winifreda había recuperado el conocimiento y estaba haciendo vanos esfuerzos por soltarse.

Al verla aparecer abrió mucho los ojos y quedó inmóvil.

Baby se colocó ante ella, y le arrancó las tiras de esparadrapo de un tirón inmisericorde, que hizo lanzar un grito a la doctora.

—¡Silencio! —ordenó secamente la espía—, o le corto el cuello como a una mala bestia que es. Sólo vamos a hablar, y quiero que lo haga con tranquilidad e inteligencia, esto es, contestando la verdad a mis preguntas. ¿Mató usted a Bill Shivers?

—No —jadeó Winifreda—. ¡No, no!…

—Entonces, dígame qué ocurrió. No tartamudee.

—Yo estaba aquí, y Wu Lin me llamó por teléfono… Dijo que un hombre le estaba siguiendo. Lo arreglamos de modo que yo fuese adonde estaban ellos, y entonces seguí al hombre. Él fue a su apartamento, y Wu Lin me dio instrucciones. Subí al apartamento

de Shivers y llamé. Cuando Shivers me abrió la puerta, le dije lo que Wu Lin me había encargado que le dijese…

—¿Qué fue ello?

—Le dije: «¡Hola, Simón! ¿Puedo pasar?». Shivers lanzó una exclamación de alegría y se apartó en seguida. Entré en el apartamento… Estaba muy sorprendida, porque Shivers parecía confiar en mí como… como si me conociese de toda la vida. Entonces, aprovechando que me volvía la espalda, le clavé la jeringuilla con anestésico.

Lili Connors estaba muy pálida cuando exigió:

—¿Qué más?

—Wu Lin subió al apartamento y Entonces…, entonces él sacó una jeringuilla más grande, y le… Bueno, él…

—No —cortó la espía, con gesto implacable—. No fue así exactamente. Wu Lin subió, en efecto, pero era usted quien llevaba su maletín de médico, y dentro de éste todo lo necesario para extraer toda la sangre del cuerpo de Bill Shivers y colocarla en bolsas o cualquier tipo de recipiente. Y como médico, fue usted quien dirigió la extracción, quien clavó las agujas en las yugulares de Shivers. ¿Fue así?

—No, no, no…

La bofetada cayó violentísima, alucinante. Parecía imposible que una manita tan bella y delicada como la de Lili Connors pudiese aplicar semejante golpe, pero lo cierto fue que la cabeza de Winifreda pareció saltar en sus hombros, rebotando de uno a otro.

—¿Fue usted, sí o no?

—¡No, yo no f…!

El siguiente golpe, de revés, alcanzó a Winifreda en plena boca, reventándole los labios y partiendo la carne de la mejilla por el interior, de modo que la boca se llenó inmediatamente de sangre. Con ojos desorbitados por el terror, Winifreda Travers comenzó a chillar:

—¡Sí, sí, fue así, fue así…!

—Está bien. Así pues, usted mató a Simón-Shivers, en colaboración Wu Lin. ¿Quién más está en colaboración con ese chino? ¿El señor Varneyer?

Winifreda tuvo que tragar parte de la sangre que llenaba su boca, mientras el resto se deslizaba por la barbilla. Estaba

sencillamente horrorizada.

—No, no…

—¿No? ¿Quizá Mei Chow, entonces?

—Sí, sí…

—De modo que Wu Lin estuvo en el *Captain Blood* a ver a Mei Chow. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Shivers le seguía, y la avisó a usted.

—Sí…

—Bien. ¿Qué están tramando los chinos?

—No lo sé… ¡Le juro que no lo sé!

—Vamos, vamos, Winifreda… Usted es médico. ¡No me diga que no sabe para qué quieren la sangre!

—¡No lo sé! Yo… yo trabajo para Wu Lin en esto, tengo…, tengo que conseguir sangre, y decirle cómo debe ser conservada, pero no sé nada más… ¡No lo sé!

—Y como médico, ¿no se le ocurre nada?

—Sí… Sí, claro. Bueno, pienso…, he pensado que deben estar haciendo… contrabando de sangre. En estos días, la sangre…

—Ya sé lodo eso. Y me parece lógico que la sangre vaya adquiriendo tanto valor, tanta importancia. Por lógica, debería ser más valiosa que el oro… En realidad, es oro rojo. Pero la sangre no está a disposición de cualquiera, como el oro en las entrañas de la tierra, y no puede ser utilizada ni apropiada de ese modo. La sangre pertenece a cada cual, y se da o no se da. ¿Ustedes están robando sangre en México, en toda Sudamérica?

—No lo sé… ¡Se lo juro!

—¿La están comprando a pobres desdichados que sólo tienen eso para conseguir dinero a cambio?

—Le digo que no lo sé.

—¿Qué otras cosas sabe, entonces?

—Nada más… No sé nada más.

—Para ser usted una asesina, sabe muy pocas cosas. Pero yo sé algo más… Por ejemplo, ahora tengo la seguridad de que Wu Lin es un agente del Lien Lo Pou. ¿Y sabe una cosa, Winifreda? Por unos segundos, a usted se le concedió un alto honor: cuando usted llamó Simón a Bill Shivers, éste la confundió conmigo. Debió quedar maravillado, y al principio, sólo por un instante, un poco asombrado. Pero Wu Lin sabía que Shivers no se sorprendería

demasiado de que yo hubiese sido enviada para entrevistarme con él, con un Simón que estaba rastreando a un chino. Y esto causó su muerte… a manos de ustedes dos.

—¿Va a… a matarme…? —jadeó Winifreda.

—Naturalmente. Pero no ahora. Espero muchas más cosas de usted si no consigo el éxito en mi siguiente acción. De modo que la voy a dejar aquí, pues quizá vuelva a necesitarla. Ahora no puedo perder más tiempo. Mei Chow, ¿está en el *Captain Blood* esperando noticias de usted sobre mi muerte?

—Sí, sí.

Lili Connors asintió con la cabeza. Sacó del maletín la radio, y efectuó el contacto.

—¿Simón?

—Sí, diga.

—Pase a recogerme con el coche. ¿Los demás están vigilando el yate de Varneyer?

—Por supuesto, Baby —se oyó otra voz de hombre.

—Que nadie salga de ese yate. Si alguien lo intenta, deténganle. Y si no pueden detenerle, mátenle. ¿Alguna duda?

—No.

—Voy para allá. Saldré de este edificio dentro de dos minutos. Es todo.

Cerró la radio, la guardó, y tras mirar vacilante a Winifreda, procedió a amordazarla de nuevo, utilizando ahora un pedazo de sábana que anudó en la nuca, pues el esparadrapo no se habría adherido en la carne manchada de sangre.

Sin dirigir una sola mirada más a Winifreda, salió del despacho. Cuando se cumplían los dos minutos, aparecía en la calle. Delante del edificio estaba el coche de Simón, con éste al volante. Baby cruzó rápidamente la acera, y se sentó a su lado.

—Lléveme al yate. Luego, regrese inmediatamente aquí, y suba a hacerse cargo de la vigilancia de Winifreda.

—*Okay*. ¿Cómo están las cosas?

Lili Connors lo explicó rápidamente. Cuando terminó, el agente de la CIA movió la cabeza con gesto de duda.

—Cabe la posibilidad de que ella la haya engañado.

—Lo sé. Por eso la he dejado con vida. Y si me ha engañado, tendrá motivos para arrepentirse. Pero ahora, quien interesa es Mei

Chow. Espero que la explicación que obtenga sobre su presencia a bordo del *Captain Blood* exonere a Varneyer de toda culpa en este asunto.

—A mí me parece demasiada casualidad que ese chino esté a bordo del yate de Varneyer. Por lógica, éste debe estar relacionado.

—La lógica no siempre se cumple en nuestro trabajo, Simón. Veremos qué dice Varneyer. Tenga cuidado con Winifreda cuando vuelva a hacerse cargo de ella. Y no se descuide.

—Tranquila… —murmuró Simón—. No me gustaría acabar como el pobre Bill, se lo aseguro. Es usted quien debe tener mucho cuidado. El hecho de que Winifreda tuviese orden de matarla significa bien claramente que Mei Chow no quiere correr riesgos de ninguna clase. Su presencia ayer en el yate debió inquietarle, y en la duda, simplemente decidió eliminarla. Con gente así hay que ir con mucho cuidado. Menos mal que nuestros compañeros estarán con usted por si…

—Nuestros compañeros permanecerán fuera del yate, esperando mis instrucciones.

—¿Qué? —respingó Simón—. ¡Eso es una locura! ¡Si Mei…!

—Yo siempre hago las cosas a mi manera.

—¿Sí? ¡Bueno, pues recuerde lo de anoche con aquellos dos sujetos que querían matarla! Como eso de visitar sola a Winifreda, habiendo recibido ya desde Ciudad México la noticia de que nuestro compañero herido había identificado a Winifreda en las fotografías… ¡Si ella no hubiese estado sola, quizá en estos momentos usted estaría muerta! ¡Y sin sangre!

—Estoy viva. Y conservo todo mi oro rojo, Simón.

—Por ahora. En mi opinión, debería abordar ese yate acompañada, al menos, por dos de nosotros.

Lili Connors movió negativamente la cabeza, y la discusión terminó. Poco después, llegaban al muelle, cerca de donde estaba surto el *Captain Blood*, hacia el cual se dirigió Lili a pie.

Subió a bordo tranquilamente, sonriendo a Tilford, que se acercó en el acto, también sonriente.

—¡Ah, señorita Connors! ¡Buenos días…! ¿Viene a ver al señor Varneyer?

—Así es, capitán. ¿Quizá está todavía durmiendo?

—¡Claro que no! Se levanta siempre muy temprano, para

atender su correspondencia y otros papelotes, de modo que el resto del día puede dedicarse a su pasatiempo favorito: no hacer nada. Le diré que está usted aquí.

—¡Oh, no vale la pena…! Me gustaría darle una sorpresa.

Tilford vaciló un instante, pero acabó por sonreír.

—Me parece una buena idea. Hasta luego.

—Hasta luego —sonrió también Lili.

Elmer Varneyer, en efecto, estaba en el *living-yacht* escribiendo con una pequeña máquina portátil. Gordo, calvo, sonrosado todo su cuerpo y quemada la cabeza por el sol, su aspecto rayaba ya en lo delirante aquella mañana. Estaba ataviado únicamente con un bañador tipo «Bermudas» y llevaba unos grandes lentes de montura blanca. Parecía un grandioso sapo con lentes. Fascinante.

Estaba tan absorto escribiendo a máquina, que tardó unos segundos en alzar la cabeza hacia la persona que, más que ver, presentía ante él, al otro lado de la mesita baja donde trabajaba. Al ver a Lili lanzó un respingo de sorpresa, y luego se puso rápidamente en pie, sonriendo.

—¡Caramba, qué sorp…! ¿Qué pasa? —se desconcertó al llevarse Lili un dedo a los labios.

—Sssst… ¿Está Mei a bordo?

—¡Claro! —parpadeó Varneyer, hablando también en voz baja —. Está en la cocina, empezando a preparar el almuerzo. ¿Por qué? Aunque, espere un momento… Quizá no esté. Ahora no estoy seguro.

Brigitte puso una mano en el adiposo hombro de Varneyer, le hizo sentarse, y ella se sentó a su lado en el diván corrido.

—¿Cómo que no está seguro? —susurró.

—Bueno, recuerdo que no hace mucho vi pasar a Mei por aquí, hacia cubierta… Pero me parece que volvió en seguida… Vaya, juraría que volvió a la cocina. En fin, no sé… ¿Qué pasa?

—¿Hace mucho que Mei trabaja para usted?

—¡Oh, no! Le contraté para este viaje, precisamente. Puse un anuncio en varios periódicos solicitando un cocinero, y él fue uno de los que se presentaron. Me gustó y le contraté.

—¿Pedía usted un cocinero chino?

—No, la verdad es que no, así que cuando vino a verme Mei pensé en el acto que no me interesaba. Pero Mei me explicó antes

que nada que era cocinero internacional, no sólo experto en comidas chinas. Bueno, me gustó, tan callado, limpio, discreto… ¡Quiero saber qué está ocurriendo! ¿Por qué me mira así? La encuentro muy extraña, Lili.

Efectivamente, Lili Connors, más que mirar a Varneyer, le estaba perforando con la mirada.

—Vamos a ver a Mei —dijo, poniéndose en pie.

—Sí, claro… Pero yo quisiera…

—Recibirá las explicaciones adecuadas, señor Varneyer.

Éste acabó por encoger los hombros, y señaló en dirección al pasillo situado a nivel inferior, al que se accedía descendiendo un corto tramo de escalones de madera. Llegaron ante la puerta de la cocina, que estaba entornada. Sin hacer caso del asombro de Varneyer, Lili alzó su falda y retiró la pistolita de cachas de madreperla que llevaba adherida al muslo izquierdo con esparadrapo. Luego empujó lentamente la puerta, abarcando más espacio de cocina a medida que se iba abriendo… Resultado: Mei Chow no estaba en la cocina.

—Quizá salió, a fin de cuentas —murmuró el desconcertado Varneyer.

—¿Cuál es su camarote?

Varneyer señaló otra puerta, enfrente de la de la cocina. Lili la abrió también, con todo cuidado… Allí sí estaba Mei Chow. Tendido en su litera, boca arriba, inmóvil, como profundamente dormido. Por la redonda portilla entraba un rayo de sol que lo iluminaba.

Lili se acercó, y se quedó contemplando el pálido rostro del chino. Al resplandor de aquel redondo rayo solar, vio en su boca la ligera espuma de color verde pálido. Luego se quedó mirando atentamente el crispado rostro.

—Pero ¿qué…?

—No toque nada —apartó Lili a Varneyer—. Está muerto… Se ha envenenado con una cápsula de cianuro.

—¿Qué… qué dice usted? —se atragantó Varneyer—. ¿Está loca?

—Tranquilícese, por favor.

La pregunta que se estaba haciendo Baby respecto al suicidio de Mei Chow tuvo pronto explicación, al menos para ella, cuando

encontró en un bolsillo del pantalón del chino la pequeña radio. En un instante lo comprendió todo: habían avisado a Mei del peligro que corría, y éste había intentado abandonar el yate. Pero, en el muelle, su fino instinto de espía había captado la presencia de hombres de la CIA… Supo entonces que no podía escapar. Podía intentarlo, pero sabía que era imposible, y que, además, corría el riesgo de que le cazasen con vida. Entonces, había vuelto a su camarote, se había tumbado en la litera, y había puesto fin a su vida, con lo que el silencio en torno al asunto del oro rojo, estaba garantizado.

La pregunta era: ¿quién había advertido a Mei Chow de lo que estaba sucediendo? Esto solamente podía haberlo hecho Winifreda Travers. Y si había sido ella, le habría dicho, también, que el yate estaba vigilado por varios agentes de la CIA, de modo que Mei aún tuvo más fácil su examen del muelle, hasta ir viendo a los hombres que a él no podían engañarle…

Sólo que Winifreda no había podido avisarle porque estaba atada y amordazada en su despacho… Justo entonces, la agente Baby tuvo conciencia del error que acababa de cometer. Si Winifreda la había citado para matarla, era lógico que tuviese preparado el traslado de su cadáver. Por lo tanto, debía contar con la ayuda de uno o dos hombres que estaban esperando alguna señal o llamada de ella. Esos hombres la habían visto llegar al edificio…, y luego la habían visto salir, meterse en el coche de Simón y alejarse. ¿Cuál había sido su reacción lógica? Pues subir al consultorio de la doctora Travers, liberarla y escapar, apresurándose Winifreda a avisar a Mei Chow.

—He sido una estúpida —murmuró—. ¡Debí matarla, como he hecho siempre con quienes han asesinado a un Simón!

—¿Qué… qué dice? —tartamudeó Varneyer.

Baby respingó de pronto y recurrió rápidamente a la radio de bolsillo.

—¡Simón! —gritó.

—¡Hola! Estoy llegando a…

—¡No! Espere, no suba al consultorio. Le voy a enviar a dos compañeros, para que le apoyen. Aunque seguramente no será necesario. ¡Ella ha escapado!

—¿Cómo es posible, si usted la dejó bien atada?

—Debía haber alguien esperando para retirar mi cadáver, ¿no comprende? Y la han liberado. Vayan con mucho cuidado… ¿Me están oyendo todos?

—Desde luego, Baby —volvió a oírse la voz diferente.

—Envíe a dos compañeros a respaldar a Simón. Los demás, vengan todos al yate.

Capítulo VI

El agente de la CIA que dirigía el grupo que había abordado el yate apareció en el *living-yacht*, miró a Lili Connors, que estaba sentada en el diván junto al anonadado Elmer Varneyer, y movió negativamente la cabeza.

—Nada —refunfuñó—: sólo la radio que usted encontró. Y le aseguro que hemos puesto al revés el camarote. Quizá sería conveniente que registrásemos todo el yate.

Lili miró a Varneyer, que miraba de uno a otro con expresión de espanto.

—No es necesario. Ya le hemos causado bastantes molestias al señor Varneyer, y además, no creo que encontrásemos nada.

Simón-Acapulco II, que estaba sentado también en el diván, en mi extremo, rumiando su fracaso, pues en efecto, cuando llegaron al consultorio de Winifreda, ésta había desaparecido, refunfuñó:

—Estamos como al principio. Estoy segura de que tampoco encontraremos nada en el consultorio de la doctora.

—Yo lo examiné muy ligeramente, y desde luego no encontré nada. Pero habría que ir allá, lo siento, muchachos.

—Algo se ha de hacer. Con suerte, quizá…

Sonaron a la vez las radios que los agentes de la CIA levaban en el bolsillo. Todos miraron a Lili, que señaló en silencio al que había estado dirigiendo en Acapulco la búsqueda de la hermosa mujer, su coche, Wu Lin, la casa numerada con el 144… El agente en cuestión asintió con la cabeza y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Parrish, soy…

—Eres Simón, y yo también me llamo Simón —gruñó Parrish.

—¡Ah! Sí, bueno. Lo siento. Bien, acaban de llamar desde Ciudad México. El asunto de los zapatos está en plena marcha en la Central. En cuanto a la doctora Winifreda Travers y el señor Elmer

Varneyer, todo es cierto. Tengo un completo informe de cada uno. ¿Lo leo?

Simón miró a Lili, que movió la cabeza negativamente, haciendo al mismo tiempo un gesto de resignación.

—No. A ella le basta saber eso. ¿Algo más?

—Sí. El cojo de Ciudad México solicita permiso para incorporarse al grupo que está trabajando aquí.

Lili Connors sonrió levemente, y movió un dedito.

—Permiso denegado. ¿Qué más?

—Pues nada más, por ahora.

—Entonces, ¡adiós!

—¡Adiós!

El espía se guardó la radio. Todos miraban a Lili, que tras meditar, encogió los hombros.

—Repártanse el trabajo como quieran —murmuró—. Unos, que vayan a registrar a conciencia el consultorio de Winifreda. Otros, que sigan pulsando resortes, en busca de Wu Lin. Por el momento, no podemos hacer otra cosa.

—¿Y usted? —preguntó Simón-Acapulco II.

—Yo voy a ir mar adentro con el señor Varneyer, para desembarazarnos del cadáver de Mei Chow…

—¡No podemos hacer eso! —respingó Varneyer—. ¡Hay que avisar a las autoridades, y conseguir un certificado de defunción, o… o…! ¡No sé lo que hay que hacer, pero yo contraté a Mei y supongo que tengo alguna responsabilidad!

—No se preocupe al respecto —le tranquilizó Lili—. Nosotros afrontaremos todas las responsabilidades. Ni aquí ni en Estados Unidos tendrá usted ninguna dificultad. Simón, usted pase a recogerme aquí mismo dentro de… tres horas. Eso es todo.

Los agentes de la CIA abandonaron el yate, que poco después zarpó.

En el interior del yate, Lili se dedicó a preparar a Mei Chow para su último viaje, ayudado por Varneyer, que sudaba de angustia. Bien atado como un fardo, y lastrado con un saco en el que introdujeron varias botellas vacías y destapadas, que se llenarían de agua al ser arrojadas al mar, y por tanto bajarían al fondo, Mei Chow pasó a las profundidades marinas exactamente setenta minutos más tarde, en un lugar que Tilford, tras consultar las cartas

de navegación, señaló como adecuadamente profundo.

Finalizada la operación, Lili Connors miró su relojito, y aprobó con un gesto.

—Regresemos. Prefiero llegar antes de la hora convenida que inquietar a mis amigos un solo minuto.

—Parece que la quieren mucho —murmuró Varneyer.

—Seguramente, menos que yo a ellos —sonrió Lili—. Aunque quizá soy injusta. ¿Vamos abajo?

—En seguida me reúno con usted. Voy a darle algunas instrucciones a Tilford.

—Muy bien.

Lili Connors se fue al interior del yate, contemplada por Varneyer, Tilford y los dos tripulantes. Cuando hubo desaparecido de la cubierta, Varneyer miró a Tilford.

—Rumbo a Acapulco, de momento, Tilford.

—Sí, señor. ¿Y ella?

—Yo me encargo de esa gatita.

Varneyer se reunió con Lili un par de segundos más tarde. Ella estaba sentada en el diván, con las manos sobre las rodillas, que quedaban a nivel inferior de la mesita baja. Estaba muy pensativa, hasta el punto de que, al parecer, tardó algunos segundos en reparar la presencia de Varneyer. Entonces le miró, y sonrió.

—Siéntese, señor Varneyer. Hay algo que quisiera comentar con usted.

—Sí, con mucho gusto… La verdad es que yo también quisiera algunas aclaraciones.

—Las tendrá todas.

—Así lo espero —Varneyer se sentó en uno de los silloncitos, delante de Lili—. Bien, ¿de qué se trata?

—Le voy a pedir un favor. Algo que le parecerá extraño, pero que, en definitiva, sólo tiende a procurarme la seguridad de que usted no tiene nada que ver con esto. Por favor, repita esta frase: «Quiero hablar con Winifreda».

Elmer Varneyer parpadeó, desconcertado. Pero obedeció.

—Quiero hablar con Winifreda —dijo, con voz firme y clara.

Casi en seguida, bajo la mesita, justo donde Lili tenía las manos sobre las rodillas, se oyó una voz de hombre, metalizada:

—¡Ah, sí, señor Varneyer! Ella estaba esperando que usted la

llamase después de arreglar la situación. Un momento…

Para entonces, para cuando terminó la respuesta del hombre desconocido, Elmer Varneyer estaba lívido, y Brigitte había alzado sus manos, de modo que en la izquierda, Varneyer vio la pistolita que le apuntaba a la cabeza, y en la derecha, la radio que habían encontrado en un bolsillo de Mei Chow. Luego, Varneyer miró los verdes ojos que le contemplaban con destellos de perversa ironía. Estaba tan impresionado que incluso había contenido la respiración.

—¿Elmer? —sonó la voz de Winifreda en la radio—. ¿Lo has arreglado todo?

—Me parece que no muy bien —dijo Lili Connors—. Winifreda, querida, ¿cómo está tu boca? ¿Te la han curado bien?

Se oyó una exclamación. Luego, el inconfundible chasquido que significaba el fin del contacto. Lili sonrió secamente, hizo lo mismo y dejó la radio sobre la mesita.

—Lo que Winifreda ignora —dijo— es que la encontraré aunque se esconda en el interior de la tierra, como los gusanos. Y también a Wu Lin. Incluso es posible que usted me ayude a ello, señor Varneyer.

—Es usted muy inteligente —jadeó éste.

—En efecto. Aunque en esta ocasión solamente he sido astuta. Se me ocurrió la idea, y decidí intentarlo.

Le hice pronunciar la frase un instante después de abrir el contacto de la radio de Mei Chow. Es decir, de la radio de usted, ya que Mei Chow, pobrecillo, no tenía nada que ver con esto, ¿verdad? Ya sé que todas las investigaciones que se hagan en torno a usted le serán favorables. No ha mentido en esos detalles, que tan bien cuidó. Seguramente, lo de contratar a un cocinero chino lo tenía bien decidido, aconsejado por Wu Lin. De este modo, si las cosas se ponían difíciles, siempre tendrían esa coartada: obligar al pobre Mei a tragarse una cápsula de cianuro, dejarle la radio, y usted quedaba libre de toda sospecha. Fue a usted a quien avisaron los hombres que liberaron a Winifreda en su consultorio. Y usted obligó a Mei a tragarse la cápsula, le colocó en su litera y le puso la radio en un bolsillo. Luego se dedicó a los numeritos y cartas de su fábrica de juguetes…

—Impresionante —murmuró Varneyer—. ¡Impresionante! ¿Qué piensa hacer ahora?

—Muy sencillo: puesto que mi radio de bolsillo también es una maravilla de largo alcance, llamaré a mis amigos, y les diré que nos esperen todos en el muelle. Pero mientras llegamos allí, usted me dará una explicación completa. ¿De acuerdo?

—Cuando antes me llamaron los hombres que liberaron a Winifreda, ésta me dijo que los ojos de usted son azules, no verdes. ¿Eso es verdad?

—Alucinaciones de Winifreda. Tenía tanto miedo que ni siquiera sabía lo que veía.

—Es posible. Pero, con ese dato, yo llamé a Wu Lin por la radio del yate, de mucha más potencia que las de bolsillo. Cuando le expliqué lo sucedido se puso nerviosísimo, y aseguró que usted tenía que ser una tal Baby, que siempre aparecía cuando mataban a un agente de la CIA. ¿Eso es cierto?

—Si.

Elmer Varneyer movió la cabeza, con gesto incrédulo.

—No comprendo por qué Wu Lin tenía que asustarse tanto. ¡Con lo fácil que está siendo manejarla a usted!

—¿De veras? —entornó los párpados Lili.

—Sí, verá… Según Wu Lin, la agente Baby puede soportarlo todo, menos que le maten a sus compañeros de la CIA. Esto es muy ventajoso para mí. Lo comprendí en seguida, de modo que dispuse los futuros acontecimientos de acuerdo a mis posibles necesidades de protección. ¿Me comprende?

—En parte.

—Le estoy diciendo que todos los compañeros de usted que estuvieron en el yate están en estos momentos bajo la… amable atención de unos cuantos caballeros bien armados.

—¿Los han capturado? —palideció Lili.

—No, no. ¿Para qué molestarse? Le voy a plantear la cuestión con toda claridad: si usted les llama, y ellos acuden al muelle, serán acribillados. Claro que usted puede avisarles ahora y decirles que tengan mucho cuidado, etcétera, de modo que ellos tomasen todas las precauciones posibles. Pero de nada les serviría, porque en cuanto empiecen a tomar precauciones, mis hombres tienen órdenes de disparar contra ellos, comprendiendo que las cosas no me van muy bien a mí. En cambio, si usted me entrega su pistolita, y deja que sus amigos sigan haciendo el tonto por Acapulco, nos iremos

con el *Captain Blood* a otro lugar, de tai modo que cuando mis hombres sepan que no he regresado a Acapulco comprenderán lo ocurrido aquí, y entonces, y sólo entonces, se despreocuparán de sus amigos. En definitiva, yo diría que las cosas están de este modo: mi vida a cambio de las de sus amigos. Eso aparte de que Tilford y los otros dos tripulantes tienen órdenes de disparar contra usted en cuanto aparezca en cubierta sin mí. Mientras tanto, navegaremos hacia donde yo quiera. Bien, espero su decisión: ¿mi vida a cambio de las de sus amigos?

Lili Connors se pasó la lengua por labios. Luego, dejó la pistolita y la radio sobre la mesita. Varneyer aprobó con un gesto, se guardó la pistolita y abrió el canal de contacto de la radio.

—Soy Varneyer, Todo va bien, ahora. Quiero hablar con Winifreda —sonrió mirando a Lili—. Sin bromas, esta vez.

—¿Elmer? —sonó la voz de Winifreda.

—Tranquila. Todo va bien. Frase clave para esta situación: «Un niño toca el tambor y otro la flauta».

—¿Qué ha pasado antes? ¿Cómo es que Lili…?

—Ya hablaremos… ¿Puedo contar con que me recogeréis en el sitio previsto?

—Desde luego.

—Pues hasta entonces, Winifreda —cerró la radio, encendió un cigarrillo, y tras permanecer unos segundos pensativo, miró hoscamente a Baby—. La verdad es que usted nos ha complicado extraordinariamente la vida, Lili. Tanto Winifreda como yo pensábamos regresar a Estados Unidos a disfrutar de nuestra prosperidad después de este asunto, pero tal como se han puesto las cosas, esto no va a ser posible. Sus amigos saben que usted está ahora en mi yate, y no se me ocurre nada que pudiera contarles y que convenciese de su desaparición. No creerían en un desgraciado accidente, ¿verdad?

—Me parece que no —sonrió secamente Lili.

—Claro que no… Bien, no sé. Esperemos que Wu Lin tenga alguna solución que ofrecernos.

—¿Cómo se pusieron en contacto con él, cómo le conocieron?

—Él nos buscó a nosotros, hace tiempo. A Winifreda le iban las cosas mal, porque nunca ganaba lo suficiente para sus costosísimos caprichos. En cuanto a la fábrica de juguetes estaba al borde de la

ruina. Wu Lin vino a verme después de haber hablado con Winifreda. No me ofreció dinero, que difícilmente habría podido justificar, sino el medio seguro de ganar, con mis juguetes, mucho más de lo que jamás habría podida soñar: me garantizó que si apoyaba su labor, China me compraría anualmente entre ocho y diez millones de dólares en juguetes. Todo legal, formalizado. Y por supuesto, ningún otro fabricante gozaría en China de mis privilegios. Esto quería decir que en muy poco tiempo ganaría tanto dinero que podría dejar mi fábrica en manos de un director de confianza y dedicarme a vivir… como yo entiendo que debe vivirse. En cuanto a Winifreda, sí le ofreció dinero, cuyas rentas iría percibiendo semestralmente. Fue un buen acuerdo para ambos.

—¿Qué tenían que hacer, a cambio?

—La parte de Winifreda no la conozco exactamente. Ni ella misma la sabe bien… O quizá no quiere decírmela a mí. Sé que es relacionado con la sangre, y que ella, periódicamente, viaja a Estados Unidos para entrevistarse con algunos médicos militares que…

—¿Militares?

—Sí. Eso tengo entendido. Wu Lin le dio determinadas instrucciones, y ella las obedece. Partiendo de sus primeras amistades con médicos, ha ido… reclutando a otros, y no deja de hacerlo. Cada vez tiene contactos con más médicos…

—¿Todos militares?

—Entiendo que sí. Pero no sé exactamente de que va esa parte del asunto. En cuanto a mí, Wu Lin necesitaba una emisora de radio móvil que no despertase sospechas, y me dijo que la de mi yate podría servir Como estaba muy deteriorada, colocamos una nueva, más moderna… Por cierto, que estaba ya a punto de verme obligado a vender el yate. Bien, pusimos la radioemisora nueva, y me vine a Acapulco. De cuando en cuando, Wu Lin viene al yate, habla en chino por la emisora, y eso es todo. Bueno, aparte de que, de cuando en cuando, tengo que comprar una considerable cantidad de provisiones y llevarlas a cierto lugar, hacia e Sur. Precisamente ahora estamos navegando hacia allí. Wu Lin nos estará esperando… y tengo la esperanza de que solucionará el problema de Winifreda y el mío.

—Lo dudo. Mi desaparición dará lugar a que tanto usted como

Winifreda sean buscados intensamente por toda la CIA. Tenga por seguro que en cuanto se dejen ver les detendrán. De modo que ya puede usted despedirse de su yate y de su fábrica, Varneyer. No sé cómo les compensará Wu Lin, pero sea como sea, ustedes jamás podrán regresar a Estados Unidos ni aparecer a la luz. Tendrán que vivir toda su vida como ratas.

—Sí… Mucho me temo que será así, a menos que Wu Lin encuentre una solución.

—No la encontrará. Yo sí podría encontrarla. Si no hace un acuerdo conmigo, no podrá disfrutar de nada… Ni siquiera de la vida, porque le aseguro que no vivirá mucho tiempo. A menos que se fuese a vivir a China para siempre. Y, aun así, hay un hombre que finalmente le encontraría.

—Usted me está amenazando —musitó Varneyer.

—No exactamente. Sólo le estoy exponiendo la realidad de su futuro. De su corto futuro. Sincérese conmigo, regresemos a Acapulco, y yo haré lo necesario para que salga bastante bien librado. Se lo prometo.

—No sería tan fácil —movió la cabeza Varneyer—. Hay algo que no le he dicho: desde el primer momento, Wu Lin ha estado necesitando sangre… y nosotros se la hemos estado proporcionando.

—¿Han estado matando gente para quitarles la sangre?

—Sí.

—¡Por Dios!… ¿Para qué la quieren? ¿Qué hacen con esa sangre?

—Al principio, pensé que podía tratarse de este modernísimo contrabando, pero luego me convencí de que no era así. Por muy poco dinero se puede comprar sangre en Sudamérica. Incluso aquí mismo, en México, y así se lo dije a Wu Lin. Pero él dijo que no le interesaba correr el menor riesgo dedicándose a comerciar con la sangre y que, por otra parte, no necesitaba sangre en grandes cantidades, por el momento…

—¿Por el momento?

—Sí. Dijo algo que me sorprendió… —Varneyer había fruncido el ceño, parecía confuso—. Me sorprendió mucho. Dijo que cuando llegase el momento, tendría toda la sangre que necesitase. Toneladas y toneladas de sangre, gratis y sin riesgo alguno, pero

que de momento no quería desperdiciarla y que yo tenía que procurársela. Puso unos cuantos hombres a mi disposición, y ahí terminó el asunto.

—Le voy a decir algo que no le va a gustar —deslizó Lili—. Si Wu Lin puede disponer de grandes cantidades de sangre en un momento dado, es obvio que ahora podría hacerlo con cantidades más pequeñas, de modo que, si usted y sus hombres han estado matando gente, no ha sido porque Wu Lin no haya querido «malgastar» unos cuantos litros de la muchísima que podría tener, sino para comprometerles al máximo con asesinatos. ¿Lo comprende?

—Sí. Y a Winifreda también la ha estado comprometiendo, obligándola a retirar la sangre personalmente. Sí, lo comprendo. Nos hemos metido en un buen lío, desde luego…

—Yo podría…

—No se engañe —la miró aviesamente Varneyer—. Ni pretenda engañarme a mí. Los dos sabemos que, si Winifreda o yo nos dejásemos capturar por las autoridades mexicanas o norteamericanas, seríamos condenados a muerte, o encarcelados para toda la vida. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque nadie creería en nuestro arrepentimiento, sino que comprenderían que habíamos cambiado de bando por conveniencias personales. Unas personas que se dedican a matar fríamente, a retirar sangre de los cadáveres, y a manipularla en lo que sea, no son personas que merezcan consideraciones. Cualquier jurado comprendería que tanto Winifreda como yo somos, simplemente, ambiciosos y malvados, que no tenemos el menor respeto por la vida ajena. Esa es la verdad, y cualquier jurado lo comprendería. Tanto Winifreda como yo sólo hemos estado pensando en nuestros beneficios, fríamente. Y ahora, yo reflexiono no por arrepentimiento, sino como una… manifestación de odio hada usted, que lo ha estropeado todo.

—Eso quiere decir que, si yo no hubiese intervenido, usted y Winifreda habrían seguido adelante, matando gente y todo lo demás.

—Naturalmente. Mi única preocupación consiste en encontrar una solución al problema que usted nos ha creado… Y no se me

ocurre nada. Esperemos que Wu Lin sea más fértil en ideas salvadoras.

—No encontrará ninguna idea. La CIA buscará a Winifreda y a usted por todo el mundo. Este yate será encontrado pronto, su fábrica será ocupada, así como el consultorio de Winifreda, su casa en Estados Unidos, si es que la tiene… Sus amigos serán vigilados, sus nombres circularán por las estaciones de la CIA, así como sus fotografías o retratos-robot… Varneyer, no conseguirá esconderse mucho tiempo, puede estar seguro.

—Bien —Elmer Varneyer se rascó la calva cabeza—. Ya veremos qué decisión tomamos Winifreda y yo, después de hablar con Wu Lin.

—¿No acepta un acuerdo conmigo?

—No.

—Lo siento por usted. Y todavía le diré otra cosa: Wu Lin les mantendrá vivos y contentos en lo posible mientras siga necesitando una emisora móvil y unos asesinos, y una doctora americana que pueda establecer relaciones con médicos de Estados Unidos. Cuando esa necesidad termine, terminarán las vidas de ustedes. ¿No lo comprende? Wu Lin lo está… o estaba haciendo, todo de modo que no se comprometiese el servicio secreto chino. Ahora que sabe que la CIA ya está al corriente de cierto movimiento del Lien Lo Pou en Acapulco, tendrá que tomar decisiones tajantes.

—¿Quiere decir que nos matará?

—No sé hasta qué punto le es útil todavía Winifreda, pero usted tendrá que hundir este yate para cortar su pista… lo cual significará que Wu Lin ya no podrá disponer de la emisora. Y entonces, ¿para qué le necesita a usted? Buscará a otro norteamericano que tenga yate… y al que la CIA no esté buscando.

Elmer Varneyer palideció y se pasó las manos por la cara, que notó helada.

—No sé —murmuró, con voz ronca—. No sé, tengo que pensar en todo esto…

—Será mejor que tome una decisión antes de que nos encontremos con Winifreda. Si ella nos ha de recoger, significa que ya estamos navegando a su encuentro, ¿no?

—Por el momento, estamos navegando hacia Acapulco, porque no creí que usted me descubriese.

—Aunque le haya descubierto, ésa es la mejor ruta, Varneyer. Piénselo bien.

Elmer Varneyer lo pensó bien. Es decir, lo pensó bien según sus cuentas, pero evidentemente no era muy ducho en matemáticas.

—No —negó—. No me conviene su trato. Lili.

Capítulo VII

Winifreda Travers llegó en una lancha, tal como esperaba Baby. Tres hombres 3a acompañaban. Subieron a bordo del *Captain Blood*, después de que éste paró sus motores, y apenas entrar en el *living-yacht* su mirada se clavó en Brigitte, con expresión de odio. Tenía la boca hinchada, tumefactos los partidos labios.

Se acercó a Lili con tal aire amenazador que cualquiera se habría encogido instintivamente, comprendiendo sus intenciones. Lili Connors, simplemente, la miró. Y continuó igual, cuando Winifreda la golpeó rabiosamente en la boca, con una estruendosa bofetada que apenas consiguió mover la cabeza de la espía.

—Si no fuese por las órdenes de Wu Lin —jadeó—, te arrancaba los ojos ahora mismo… ¡Puerca!

Un hilillo de sangre apareció por un lado de la boca de Lili Connors, pero ésta continuó inmóvil, impávida. Hasta tal punto permanecía serena que Winifreda enrojeció de furia, y alzó la pistola que arrebató a uno de los hombres sobre la cabeza de Brigitte…

—No sé qué órdenes te ha dado Wu Lin —dijo con voz tensa Varneyer—, así que supongo que sabes lo que haces. Puedes matarla con un golpe, Winifreda.

La pistola quedó en alto. Winifreda la devolvió a su propietario, se acercó de nuevo a Brigitte y de un fuerte tirón le arrancó la rubia cabellera postiza. Hubo un gesto de sorpresa en los tres hombres, más leve en Varneyer.

—¡Quítese las lentillas! —ordenó Winifreda.

Lili Connors obedeció serenamente. Varneyer parpadeó al ver los grandes ojos azules. Lili Connors se convirtió en Brigitte Montfort, aunque, por el momento, ni Winifreda y Varneyer la identificaron con la periodista más renombrada de Estados Unidos.

—¿Sabes cuánto vale esta mujer para el servicio secreto chino, Elmer? —preguntó Winifreda.

—¿Qué quieres decir?

—Wu Lin asegura que le pagarán por ella cinco millones de dólares. Y bastantes más, si consigue enviarla viva a China. Según parece, estamos ante un auténtico fenómeno del espionaje mundial. No ha habido quien pueda con ella durante más de quince años.

—Deben ser exageraciones.

—Eso pienso yo.

—Creo que no debemos perder más tiempo. Cuanto antes hundamos el *Captain Blood*, menos riesgo habrá de que le vean por estas aguas. Tilford lo tiene todo preparado.

—Es una lástima tener que hundir un yate como éste.

—Sí, pero no hay más remedio. Si lo dejamos a la deriva, de todos modos, lo perderé, y lo peor sería que proporcionaría una pista sobre nuestra ruta. Yo lo siento más que tú, pero las cosas se han puesto tan mal para nosotros que no podemos hacer otra cosa.

—¡Y todo por esta perra que…!

—Olvídala. Y salgamos ya de aquí.

Todos los ocupantes del yate pasaron a la lancha en que había llegado Winifreda. Tilford no dijo nada respecto a cómo había preparado el yate para su hundimiento, pero cuando estaban apenas a un cuarto de milla del *Captain Blood*, éste escoró de pronto, y en pocos segundos más comenzó a hundirse de popa, en silencio. Su hundimiento fue tan rápido que, pese a la velocidad con que se alejaba la lancha, aún pudieron ver cómo la proa desaparecía finalmente en un remolino de espuma. Luego, el mar se cerró sobre una presa más.

Elmer Varneyer dirigió una hosca mirada a Brigitte Montfort, pero no dijo nada. Quedó sumido en sombríos pensamientos, que debían ser muy semejantes a los de Winifreda Travers, pues, efectivamente, después de todo aquello, tendrían que pasarse el resto de sus vidas huyendo de la CIA. A menos que Wu Lin tuviese alguna idea genial.

La lancha estuvo navegando hacia el sur, cerca de la costa, muy poco tiempo. Brigitte vio un par de aviones durante el corto trayecto, uno despegando y el otro perdiendo altura para aterrizar. Estaban prácticamente delante del aeropuerto de Acapulco. Muy

poco después, la lancha navegaba por aguas más remansadas, y con un tono oscuro, color de tierra, de barro.

Cuando enfilaron la desembocadura de un río, Brigitte comprendió. Comprendió que estaban a no mucha distancia de Acapulco, remontando el pequeño río que había hacia el sur, y cuyo nombre no recordaba. Y comprendió por qué había encontrado barro en el armario de Wu Lin allá donde éste dejaba sus zapatos. Seguramente aquel barro seco sería idéntico al encontrado en los zapatos de los dos hombres que quisieron matarla…

La lancha se detuvo, finalmente, junto a la orilla derecha del río. No había embarcadero. Sólo un poste clavado en tierra, al cual fue amarrada la lancha. Para desembarcar, fue inevitable que todos se manchasen los pies de barro.

Brigitte seguía comprendiendo, mientras su mirada quedaba fija en el edificio blanco que había a unos sesenta o setenta metros del río. Desde aquel edificio, un pequeño canal llevaba hasta el río agua cubierta de espuma. Comprendió esto muy poco después, cuando estuvieron delante del edificio, ante el cual había tres camionetas que ostentaban el nombre de aquel establecimiento: «Lavandería Pao-Acapulco». De una de las camionetas, dos chinos estaban descargando grandes cestas llenas de ropa blanca. Sábanas y más sábanas. La cosa estaba clara: una lavandería instalada fuera de la ciudad, que trabajaba para hoteles, pensiones, cadenas de apartamentos.

Era un edificio feo, deslucido. Un local comercial, eso era todo. Dentro había una gran estancia donde funcionaban una docena de grandes lavadoras automáticas, y una sección donde varios chinos se dedicaban a planchar las sábanas con grandes planchas de vapor.

Nadie los miró dos veces, ni demostró el menor interés por un grupo que, aunque sólo fuese por la presencia de dos bellas mujeres, debía haber llamado la atención.

Pasaron a otra estancia más pequeña. Luego, a un cuarto que estaba lleno de cestas y de paquetes de jabón en polvo. Hasta allí llegaba el incesante rumor de las grandes lavadoras automáticas. Uno de los hombres se inclinó, apartó varias cestas y dejó al descubierto una trampilla de madera, que alzó. Brigitte Montfort no mostró el menor interés.

—Baje —ordenó Winifreda.

Baby descendió los peldaños de madera. Parecía un lugar sórdido, un sucio sótano donde se tiraban piezas de maquinaria, neumáticos desgastados, cajas, cestas deterioradas… Era una estancia cuadrada, simplemente, oscura, húmeda sin duda por la proximidad del río.

Por un momento, Brigitte creyó que la querían encerrar allí, sin más complicaciones. Pero en seguida comprendió que no, cuando los demás comenzaron a bajar tras ella. Es decir, solamente bajó uno de los hombres que acompañaban a Winifreda, ésta y Varneyer.

—Enciende la luz, Raúl.

El hombre encendió la luz. La trampilla de arriba fue colocada en su sitio. Brigitte miró la sucia bombilla que pendía del techo. No tenía ninguna prisa, ni quería hacer preguntas que sabía eran innecesarias. En efecto, no tardó en abrirse un hueco en una de las paredes, dejando visible un gran resplandor. Salieron a un pasillo, que terminaba muy pronto, desembocando en una gran estancia donde había quizá una docena de chinos trabajando en completo silencio.

Pero, ciertamente, no eran empleados de lavandería. La espía internacional los calibró apenas verlos, auxiliada por el lugar en que se hallaba ahora: un laboratorio. Un espacioso laboratorio lleno de instrumentos y recipientes de toda clase, la mayoría de ellos conteniendo un líquido rojo cuya naturaleza era evidente: sangre humana. Toda una pared estaba cubierta de estanterías atestadas de recipientes llenos de sangre.

No era esto lo más horrible, sin embargo. Lo más horrible de aquel laboratorio científico de hombres silenciosos, era, a juicio de Brigitte, la pequeña alberca situada en el centro del laboratorio, también llena de sangre. Debía medir tres metros de largo por dos de ancho, por lo menos.

Miró de reojo a Varneyer, que estaba lívido. Winifreda, quizá por su condición de médico, no estaba tan alterada, ni mucho menos, pero sí asombrada, como incrédula. Sin duda, era la primera vez que accedían al laboratorio.

Desde el fondo de éste, uno de los chinos les estaba mirando y hacía señas hacia la puerta que tenía a su derecha. Caminaron hacia allí, pasando por ambos lados de la alberca, cuyo denso contenido estremeció a Brigitte. Parecía… chocolate.

El chino señaló la puerta de nuevo, y volvió a abstraerse en su trabajo, calentando y centrifugando una pequeña cantidad de sangre contenida en una probeta. Raúl abrió la puerta, y se apartó, mientras empujaba suavemente a Brigitte, que entró en aquella estancia.

Parecía un sencillísimo despacho, y en seguida vio a Wu Lin sentado tras la mesa. Le reconoció en el acto por las fotografías que le habían mostrado de él. Cuarenta años, delgado, de rostro seco, penetrantes ojos negros, cabellos lisos y más negros aún que los ojos.

De pronto miró a los demás, fugazmente.

—Tengan la bondad de esperar en la sala contigua —pidió en inglés.

—Tenemos que hablar con usted, Wu Lin —musitó Varneyer—. Los acontecimientos…

—Comprendo su preocupación, Varneyer, pero podré tomar decisiones más inteligentes cuando haya hablado con esta mujer. No tengo la menor duda de que lo entiende.

—Sí, desde luego.

—Raúl, lleve a la doctora y al señor Varneyer a la sala. Y ocúpese de que coman algo.

—Sí, señor —musitó el mexicano.

—Un momento —reflexionó Wu Lin, mirando a Winifreda—. Entiendo que usted no ha tenido más dificultades, doctora Travers…

—¿Más? —refunfuñó Winifreda—. Claro que no.

—Bien. Debo estar enterado de todo, como es lógico. Dadas las circunstancias, cabe temer que usted también pueda ser identificada fácilmente por los agentes de la CIA si acude mañana al aeropuerto para esperar a sus próximos contactos. Y he pensado que quizá sería conveniente que fuese yo mismo.

—A usted deben conocerle más que a mí —replico Winifreda.

—Sin duda. Pero le aseguro que la señorita Connors no es la única persona que sabe cambiar de aspecto. Yo también estoy acostumbrado a estas cosas, así que tengo la seguridad de que todo será más seguro si soy yo quien acude a esperar a sus dos colegas. Luego hablaremos sobre los detalles. ¿Le parece bien?

—Sí… Desde luego.

Wu Lin sonrió. No tenía más que decir. La puerta se cerró. Dentro del despacho quedaron solos Wu Lin y la agente Baby. El chino sonrió secamente.

—Debo advertirle que estoy armado. Y como quiera que su fama es demasiada para ser falsa, disparare contra usted si se acerca un solo paso a esta mesa.

—Comprendo sus precauciones.

—Puede sentarse, si quiere —señaló un sillón, mientras él volvía a sentarse—. La conversación puede ser larga.

—No creo. Todo cuanto a usted le interesa saber ya lo saben Varneyer y la doctora Travers. En definitiva, todo se reduce a informarle de que mis compañeros tienen fotografías de usted, de la doctora, y conocen todos a Elmer Varneyer. Dentro de muy poco, se cumplirá el plazo que di para mi regreso al muelle de Acapulco. A partir de ese momento, y en vista de mi incomparecencia, las cosas van a cambiar mucho.

—¿Qué quiere decir?

—Acapulco se llenará de agentes de la CIA procedentes de todo el continente americano. Es absurdo tener la más pequeña esperanza de que usted podrá escapar.

—Esa es precisamente la cuestión: que no pienso escapar. Mientras sus amigos me buscan, yo estaré pajeando ante sus narices, atendiendo mis asuntos. Como he dicho antes, no es usted la única que sabe cambiar is aspecto.

—Tarde o temprano le cazarán.

—Es posible, pero para entonces usted estará ya en China y… digamos que mi supervivencia estará garantizada por la suya. Con un rehén como usted no tengo si menor temor a ser detenido por la CIA. Y ahora, sea razonable.

—Ya le he dicho cómo están las cosas.

—Mi vida puede estar en peligro —insistió Wu Lin—, pero usted no me sobreviviría, puede estar segura.

—No tengo nada más que decir.

—De acuerdo. ¿Cuál es su nombre?

—Lili Connors.

—¡Oh, vamos…!

—Lili Connors.

—Está bien. A fin de cuentas —rió el chino—, yo tampoco me

llamo Wu Lin. Dígame: ¿no le parece un poco irreal esta situación?

—Lo único que me parece irreal en todo esto, es la contemplación de esas cantidades de sangre.

—Sí —admitió Wu Lin—. Como ya habrá pensado, Varneyer y la doctora han matado a muchísima gente rara mí. Lo cual me permite disponer de una gran cantidad de sangre para negociaría. Cuanta más tenga, mejor. ¿No le parece sorprendente? La mayoría de las personas se dedican a almacenar oro, pero yo prefiero sangre. Tengo en proyecto la instalación de grandes depósitos de sangre humana que, debidamente conservada, me convertirá en breve tiempo en el hombre más rico del mundo. Se puede pasar sin oro, pero… ¿quién puede pasar sin sangre?

—Tiene usted una gran visión comercial. ¿Piensa seguir ordenando a Varneyer y a la doctora que vayan matando gente para extraerles la sangre?

—Por supuesto… ¡Quiero tener enormes depósitos llenos de sangre!

—Wu Lin: ¿usted cree que está hablando con una retrasada mental? ¿Con una idiota?

El chino entornó los párpados, de modo que sólo se vio el brillo de sus ojos.

—¿Qué quiere decir? —musitó.

—El objetivo de usted no es almacenar sangre. Por el momento sólo necesita pequeñas cantidades de sangre, para que esos hombres que hay ahí fuera hagan sus experimentos. Pequeñas cantidades pueden ser ocho o diez mil litros…, que, naturalmente, no le han sido proporcionados todos por Varneyer y Winifreda. Ellos, como Raúl y los otros, habrán matado a algunas personas, pero ha sido porque usted ha querido comprometerles, involucrarles de tal modo, que, si en determinado momento se arrepintiesen de colaborar con usted, pudiese hacerles comprender que serían condenados a muerte. Por lo tanto, en efecto, tanto Varneyer y Winifreda, como Raúl y sus demás… empleados, están ligados a usted hasta el final. Es decir, hasta que les necesite. Cuando no los necesite, como es el caso actual de Varneyer, que ya no puede ofrecerle la radio de su yate, seguramente serán eliminados y su sangre pasará a engrosar su… tesoro de oro rojo. Comprendo esto. Pero por favor, no intente hacerme creer que Varneyer, Winifreda y

los demás han asesinado a mil seiscientas personas, que es la cantidad que calculo yo para reunir toda esa sangre que he visto.

—¡Ah!… Es usted muy perspicaz. Entonces…, ¿le parece que toda esa sangre es artificial?

—Claro que no. Es sangre humana. Pero no procede de mil seiscientas víctimas.

—Me desconcierta usted, señorita Connors. ¿De dónde procede esa sangre, entonces?

—Al parecer, en determinado momento, usted podrá disponer de toda cuanta sangre necesite. Insisto en que la que ha obligado a Varneyer y los otros a procurarle, ha sido sólo para involucrarles inexorablemente. Digo, que usted puede tener toda la sangre que quiera. Incluso se podría habilitar un petrolero de veinte o treinta mil toneladas para llenarlo de sangre y enviárselo a usted.

—¡Treinta mil toneladas de sangre! —rió Wu Lin—. ¡Realmente, usted no sabe lo que dice! ¿De dónde conseguiría yo esa cantidad desorbitada de sangre?

—De China.

—¿Qué dice? —jadeó Wu Lin.

—De China. De allí proviene la mayor cantidad de sangre que usted tiene almacenada ahí fuera. Se la envían para sus experimentos. Cuando esos experimentos estén terminados, le enviarán toda cuanta necesite. Hagamos un cálculo fácil. Setecientos millones de chinos, a cinco litros de sangre por chino…, ¿cuántos litros de sangre, podría recibir usted, si fuese necesario? Pues tres mil setecientos cincuenta millones de litros. Es decir, tres millones setecientas cincuenta mil toneladas de sangre china… Es una cantidad tan importante, que no creo que a usted le faltase nunca sangre. Ahora bien, la pregunta es: ¿para qué quiere usted sangre china?

—Ya que es tan lista, adivínelo usted —susurró Wu Lin.

—Con mucho gusto. Tengo entendido que Winifreda está relacionándose con médicos militares norteamericanos… ¿Cuál puede ser la base de sus conversaciones? Yo creo que Winifreda les está ofreciendo sangre. Aparentemente, serán pequeñas cantidades de sangre conseguidas de contrabando por Winifreda en México; esto, suponiendo que los médicos militares sean, cuando menos, honestos para con sus pacientes, en el sentido de que falta sangre y

ellos la consiguen, sea como sea. Pero yo me inclino a creer que no es así. Yo pienso que esos médicos militares han sido… cuidadosamente seleccionados por Winifreda. Por Winifreda, los primeros. Luego, éstos han ido proporcionando a Winifreda los nombres de oíros médicos que estarían dispuestos a tratar del negocio con ella. Y así, de cuando en cuando Winifreda va de viaje, para verse con, uno, dos o varios médicos a la vez. Una buena oferta de dinero, y el ofrecimiento de sangre en abundancia, les debe encantar a los que no son escrupulosos ni honrados. Saben que algo sucio se está tramando, pero no les importa… En realidad, cada uno de esos médicos, o cada pequeño grupo, debe pensar que se trata de una acción extraña y aislada de Winifreda. No saben que se está preparando una campaña a escala nacional por medio de la cual, miles de litros de sangre serán distribuidos en campamentos y cuarteles militares norteamericanos.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Considerando que en todo el mundo se pide sangre para hospitales, clínicas, etcétera, a mí me parecería un gesto altamente generoso por parte de China, si ésta regalase al mundo tres mil setecientos cincuenta millones de toneladas de sangre. Sería un ejemplo a seguir y, ciertamente, China no podría hacer nada que pusiese tan de manifiesto su buena voluntad hacia el mundo, tan necesitado de sangre debido a la poca comprensión de las personas que están sanas y en condiciones de ofrecerla, aunque sólo sea a nivel nacional en cada país. China se habría ganado el afecto del mundo entero… Pero no es esto lo que China busca, Wu Lin.

—¿Qué busca, entonces?

Brigitte Montfort señaló hacia la puerta por encima de su hombro.

—No lo sé —musitó—. Pero esos hombres no están manipulando la sangre por capricho. Están… buscando algo, algún resultado. Yo creo que están buscando el modo de introducir en la sangre algún virus que, en principio, diezmaría al ejército norteamericano, que sería… el conejillo de laboratorio. Cuando el plan comenzase a funcionar, morirían cientos, miles de soldados norteamericanos. Poca cosa, poca cantidad, quizá… pero suficiente para provocar el pánico en todas las fuerzas armadas del país. Un auténtico pánico, que en poco tiempo reduciría mucho los efectivos humanos de

nuestros ejércitos: habría deserciones, muertes, nadie se alistaría voluntariamente, no habría reenganches, miles de oficiales profesionales solicitarían la baja, los de la reserva no querrían saber nada… ¿No ocurriría algo así, Wu Lin? Y después del ejército norteamericano, quizá seguiría la población civil. O quizá el ejército de otro país, o la población de otro país… ¿Rusia, por ejemplo?

Wu Lin tenía el rostro de un color blanquísimo. Había sacado la pistola, y apuntaba a la cabeza de Brigitte Montfort con visible temblor en la mano. La pistola oscilaba tanto que Wu Lin tuvo que sujetarse la nano derecha con la izquierda.

Capítulo VIII

De pronto, Wu Lin bajó la pistola, y movió negativamente la cabeza.

—No… —dijo con voz velada—. No, no, no… ¡Usted es demasiado valiosa para matarla así! ¡Usted irá a China, donde será de gran utilidad!

—Lo dudo, si China espera de mí cosas como la que está tramando ahora —dijo fríamente Baby—. Antes me mataré.

—¡Raúl! —gritó Wu Lin—. ¡Raúl!…

La puerta se abrió impetuosamente a los pocos segundos, y apareció Raúl, con el rostro crispado, pistola en mano, los ojos desorbitados. Al ver que todo parecía estar bien, miró desconcertado a Wu Lin, que señaló a Brigitte.

—¡Golpéala!

Baby sólo tuvo tiempo de intentar incorporarse. Recibió el golpe en la parte posterior de la cabeza, y cayó de rodillas delante del sillón, apoyando las manos en el suelo. Todavía estaba consciente, incluso podía ponerse en pie para intentar luchar, pero sabía que sólo conseguiría recibir más golpes, uno de los cuales podía llegar a matarla.

Así pues, antes de que Raúl llegase junto a ella, emitió un gemido y se relajó, quedando como aplastada contra el suelo, con una mejilla apoyada en éste, los ojos cerrados…

Y en efecto, no recibió más golpes.

—¿Qué ha pasado? —oyó a Raúl.

—Nada… ¡Nada que os importe! ¡Atadla bien! ¡Y amordazadla!

Los puntos luminosos habían desaparecido de los ojos de Brigitte, que a través de los párpados percibía el resplandor de la luz del despacho…

—Parece muerta —oyó a Varneyer.

En seguida, notó unos dedos finos en su cuello, y, justo encima de ella oyó la voz de la doctora Travers:

—No, sólo está desvanecida. ¡Pero deberíamos matarla!

—De ninguna manera —negó Wu Lin—. Átenla bien y amordácenla, eso es todo. Y ya he tomado una decisión respecto a su contacto próximo, Winifreda: acudiré yo al aeropuerto.

—Como quiera. Pero no puedo garantizarle cuál será la reacción del capitán Dowells y el comandante Rickenball al verle a usted en mi lugar.

—Yo arreglaré eso.

—Espero que lo consiga. ¿Qué haremos nosotros mientras tanto?

—Permanecerán aquí, a la espera de que yo encuentre una solución a su problema.

—¿Acaso hay alguna solución? —preguntó amargamente Elmer Varneyer.

—Siempre hay soluciones para todo. Pero no me presionen ahora, pues tengo otras cosas en que pensar. Ante todo, debo encargarme del traslado de esta mujer a China…, lo cual no va a ser fácil, pues tenemos a toda la CIA en pie de guerra. No sé si será prudente llamar al helicóptero, o sería mejor utilizar la lancha… No sé, es demasiada distancia hasta el carguero que está en Salina… ¿Qué hora es…? Las doce y diez… Creo que podré arreglarlo, de un modo u otro. Pero tendré que ir a Acapulco. Será la ocasión de probar mi disfraz, sí… ¡Vamos, vamos, terminen!

—Faltan cuerdas —dijo Raúl.

—¡Pues vaya a buscarlas al sótano de la entrada!

Raúl regresó muy pronto, con fuertes cuerdas, que utilizó para atar a la espía de pies y manos, sin miramiento alguno. Le metió en la boca un pedazo de sus propias ropas hecho una bola, y lo sujetó con un trozo de cuerda que anudó a la nuca.

—No podría soltarse ni en un año —oyó a Raúl.

—Salgamos de aquí —dijo Wu Lin.

Cuando la puerta se cerró, Brigitte abrió los ojos. Le dolía espantosamente la cabeza, y sabía que si se dormía en seguida luego sería peor, así que se concentró en intentar aflojar las cuerdas…, hasta que comprendió que Raúl había tenido razón: por sus propios medios no conseguiría soltarse.

Calculó que habían transcurrido no menos de diez horas cuando la puerta del despacho se abrió y apareció Raúl, acompañado por sus dos amigos. Muy leve, desde el laboratorio llegó el sonido de cristal

y algún que otro zumbido eléctrico. Sólo eso.

—Será mejor que le soltemos los pies —dijo Raúl.

Uno de sus compañeros se encargó de ello. Entre dos pusieron en pie a Brigitte, que se habría derrumbado si no la hubiesen sujetado por los brazos.

—¿No puede caminar? —se interesó Raúl.

Brigitte movió la cabeza negativamente.

—Dadle unas friegas en los tobillos.

Cada uno de los amigos de Raúl se dedicó a un tobillo de Brigitte, tras sentarla en uno de los sillones. Uno de ellos alzó la falda, miró, y luego miró a su compañero, guiñando un ojo. Rieron los dos, mientras Raúl, que también había visto, sonreía. Tres o cuatro minutos más tarde, Brigitte pudo sostenerse de pie, y tras unos cuantos pasos miró a Raúl, y asintió.

—En marcha.

Salieron del despacho.

Brigitte había visto el reloj de pulsera de Raúl. Eran casi las doce de la noche. Las camionetas no trabajaban a aquella hora, sólo las lavadoras automáticas y las grandes planchas de vapor. Afuera, el aire era fresco, limpio. Brigitte aspiró hondo cuando percibió el olor del mar, en la brisa.

De la oscuridad brotaron tres sombras, que se materializaron muy pronto: Wu Lin y otros dos chinos.

—¿Todo está bien, abajo? —preguntó Wu Lin.

—Claro —contestó Raúl.

—Bien. Ustedes tres van a venir conmigo a Acapulco. Será mejor que nos quedemos allí esta noche, para ir al aeropuerto desde la ciudad. Es más corriente. En cuanto a usted —se acercó más a Brigitte, cuyos ojos relucían en la oscuridad—, nos veremos muy pronto en Pekín.

Aunque no hubiese estado amordazada, Brigitte no habría replicado. Apretó los labios bajo la mordaza, y eso fue todo. Wu Lin les dijo algo a los otros dos chinos, que asintieron, tomaron cada uno de un brazo a Baby y comenzaron a alejarse en dirección al río.

Mientras caminaba hacia allí, Brigitte oyó el motor de un coche al ser puesto en marcha, y luego su distanciamiento, hasta que de nuevo todo quedó en silencio. Por detrás de ella y sus dos silenciosos guardianes llegaban las rectangulares manchas amarillas

de las luces de la lavandería…, que se fueron difuminando. Cuando llegaron a la orilla del río la iluminación era menos intensa, pero todavía suficiente.

Suficiente para que, cuando subió a la lancha tras chapotear en la fangosa orilla, viese que no era ella la única pasajera. Por un instante quedó paralizada de espanto, al ver los desorbitados ojos de Winifreda Travers, en los que se reflejaban como puntitos de fría luz algunas estrellas. Junto a ella, caído de lado, de modo que veía su perfil, estaba Elmer Varneyer, ambos tan blancos que parecían figuras de nieve. Junto a Varneyer, y formando un confuso montón con los otros dos tripulantes, vio a Tilford, también blanco como la nieve.

Un escalofrío hizo estremecerse a Brigitte, al comprender lo sucedido. Wu Lin, evidentemente, había encontrado una «solución» al problema de Winifreda y Varneyer: los había quitado de en medio, había retirado la sangre de sus cuerpos, y ahora, atados como fardos y lastrados con piedras, irían a parar al fondo del mar.

El motor de la lancha rugió dos veces antes de ponerse en marcha. Para entonces, Brigitte continuaba mirando los rostros de Winifreda y Varneyer, como hipnotizada. Pero muy pronto dedicó sus pensamientos a sí misma. La estaban trasladando hacia donde esperaba un carguero, si no había entendido mal a Wu Lin, en el despacho. Un carguero que zarparía con ella a bordo, para entregarla en otro sitio, ya con más tranquilidad, a un medio de transporte mucho más rápido hacia China.

La cosa estaba bien clara: fuese lo que fuere lo que se le ocurriera, tenía que hacerlo «antes» de llegar al carguero.

Salieron a mar abierto y, en efecto, el chino que pilotaba la lancha puso en seguida rumbo sur, aunque con visible inclinación mar adentro. Lógico. Buscarían un lugar lo bastante profundo para tirar los cinco cadáveres.

El primero en ser lanzado al mar fue Tilford. Le siguieron los dos tripulantes. Brigitte había cerrado los ojos, como si estuviese horrorizada…, pero por entre los entornados párpados no perdía de vista al chino que iba descargando los cadáveres. Ahora, para tirar por la borda a Varneyer, que era el que seguía, debería acercarse más a Brigitte, y por supuesto, lanzaría el cadáver por la borda más cercana, es decir, por la que Brigitte tenía apoyada la espalda.

Cierto.

El chino alzó el cadáver de Varneyer con no poca dificultad, a pesar de pesar aproximadamente cinco kilos menos, lo apoyó en la borda, lo alzó… Sí. Sí que notó el movimiento de la prisionera, pero ya era tarde. Cuando soltó el cadáver de Varneyer y comenzó a reaccionar, ya era tarde: recibió en la espalda un cabezazo tremendo, que le impulsó hacia el mar, todavía intentó aferrarse a la borda, pero el peso de la mitad superior de su cuerpo, tan fuertemente impulsado, no le dio tiempo, y salió a las negras aguas dejando por todo rastro un grito breve, que hizo volver la cabeza al otro chino.

También este chino lanzó un grito de sobresalto al ver a la mujer blanca y no a su compañero, y se volvió a toda prisa, llevando la mano derecha a la cintura, en busca de la pistola…

El puntapié de Baby le alcanzó de lleno en las ingles, en los genitales, y el chino sufrió un dolor tan horroroso que ni siquiera tuvo fuerzas para gritar; con el rostro desencajado y los ojos casi fuera de las órbitas, cayó hacia delante, como un saco, pero rebotando de tal modo que quedó encogido sobre sí mismo… hasta que recibió el siguiente puntapié en la sien. Su cabeza saltó, rebotó contra la cubierta tras parecer que iba a desprenderse del cuello, y el chino se relajó completamente, quedando cara a las estrellas, muerto.

Y la lancha seguía hendiendo las aguas a buena velocidad, pero describiendo una línea ondulada cada vez más pronunciada y bandeando cada vez más aparatosamente, con lo que el equilibrio sobre cubierta comenzó a ser prácticamente imposible. Brigitte se dejó caer sentada junto al chino, de espaldas a él, y se las arregló para quitarle la pistola. Luego, se tendió boca abajo en la cubierta, con la cara muy cerca de la del chino, y tras calcular brevemente, disparó. El estampido fue insignificante en comparación al rugido del motor de la lancha y al rumor del agua contra el casco. Volvió a disparar, pero tampoco acertó su objetivo…

Sólo al quinto disparo lo consiguió. La bala dio en la borda de la lancha, ocasionando un tremendo desgarrón en la fibra de plástico. No necesitaba más. Sólo tiempo… Tiempo, antes de que la lancha volcase o se estrellase contra otra embarcación, o fuese virando para dirigirse hacia la rocosa costa.

Consiguió sujetarse a la borda, de espaldas, y rozar las cuerdas contra el desgarrón. No menos de cuatro veces salió despedida hacia la otra borda debido a los bandazos de la lancha, dejándose caer sobre la cubierta para evitar saltar al mar. A cada lanzamiento seguía el golpe, el dolor, el aturdimiento, la tensión…

Hasta que, finalmente, sus manos se separaron de pronto, justo cuando al caer de nuevo de rodillas sobre la cubierta, hizo un gesto instintivo para detener el golpe con aquéllas. Se quedó mirándolas un instante, todavía rodeadas de restos de cuerdas, pero reaccionó rápidamente, saltando hacia los mandos. Ni siquiera se molestó en estabilizar la marcha. Simplemente, apagó el motor. La lancha se tornó silenciosa, fue perdiendo rápidamente fuerza, chocando de lado con pequeñas olas… Y quedó quieta, balanceándose ahora suavemente.

Brigitte se dejó caer sentada sobre la cubierta, se quitó la mordaza y aspiró profundamente. Ahora sólo oía el golpear del agua contra el casco de la lancha.

Estuvo así durante un par de minutos, recuperándose. ¿Sueño o realidad? ¿Verdaderamente estaba a salvo, como único superviviente en aquella lancha?

Se puso en pie, agarró al chino por los sobacos y le tiró al mar. Luego se arrodilló junto a Winifreda Travers. Llevarla con ella era una complicación, sin lugar a dudas. Y aquella mujer… había matado a un Simón.

La dolorida boca de Brigitte Montfort se apretó en un gesto duro, seco. No vaciló más. Un instante más tarde, Winifreda Travers iba a reunirse, quizá, con Elmer Varneyer.

Se colocó ante los mandos, dio el encendido, y se agarró al volante, haciendo virar la lancha hasta que, a lo lejos, frente a ella, vio el resplandor de las luces de Acapulco.

El agente de la CIA que miraba sombríamente hacia el muelle, encendió otro cigarrillo. Luego miró su reloj. La una y media de la madrugada. Quedaba ya tan poca esperanza en su ánimo que una vez más, al amparo de la sombra de un árbol, recurrió a su radio de bolsillo.

—¿Alguna novedad? —musitó.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. ¡Dios…! Esta vez nos la han matado… ¡Te digo que

la han matado!

—Tranquilízate —sonó la voz del otro agente, sin darse cuenta de que su voz sonaba no menos tensa que la de su compañero—. Es posible que la tengan prisionera, simplemente. Y los demás están buscando cerca del río: quizá encuentren el sitio idóneo para que los chinos hayan instalado una base, y la tengan allí.

—Pero deberíamos hacer algo…

—¿Por ejemplo?

—No sé… ¡No lo sé!

Cerró la radio furiosamente y la guardó. Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con un pie. Luego caminó hacía el borde del muelle. Casi al mismo tiempo, apenas le dio la luz en la cara, vio aparecer a la mujer, de súbito. Se detuvo, sorprendido por no haberla visto antes. Era una mujer de cuerpo espléndido y largos cabellos negros. La vio alzar la mano hacia él, y frunció el ceño. ¡Pues sí que estaba él de humor para liarse aquella noche con una ramera…!

Se detuvo cuando la vio caminar decididamente hacia él, y su ceño se frunció aún más. La mujer se detuvo a dos pasos, mirándole con una cierta sonrisilla en los labios, relucientes sus grandes ojos.

—No estaba segura de que fuese usted… —dijo—. Como estaba a la sombra del árbol…

Simón quedó un instante como estupefacto.

—¿Baby? —jadeó.

—¡Hola, Simón!

—¡Por Dios! ¿De dónde sale?

—Del mar. He perdido todo mi equipo, y como no podía comunicarme con ustedes, decidí darme una vuelta por los muelles, con la esperanza de que hubiese alguno patrullando por aquí. ¿Dónde están los demás?

El agente de la CIA la asió por los brazos.

—¿De verdad es usted? —exclamó.

—Creo que sí. ¿Cómo están las cosas?

—Espere un momento… ¡Espere un momento! —sacó la radio de bolsillo y abrió el canal—. ¡Hey! *¡Hey!*…

—¿Qué te pasa? —brotó la voz—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Está aquí! ¡Está aquí, conmigo! *¡Está viva!*

Al otro lado hubo un instante de silencio. Luego, una voz que

quería parecer irónica, pero que vibraba emocionada:

—Pues sí que te alteras tú por poca cosa. Es lo normal en ella, ¿no?

—¡Vete al cuerno!

Capítulo IX

Los últimos en llegar al punto de reunión convenido por radio fueron, precisamente, Baby y Simón. Había cuatro coches más, todos ellos con las luces apagadas, ocupados por silenciosos hombres profusamente armados, que comenzaron a apearse cuando Baby lo hizo en primer lugar.

En un instante la espía internacional estuvo rodeada por unos veinte agentes, varios de los cuales habían llegado aquella tarde a Acapulco procedentes de Ciudad México y otras localidades. No había mucho que hablar, pues las instrucciones ya las había impartido Brigitte por la radio.

—Ahora, escúchenme bien —dijo ella, como continuando una conversación allí mismo iniciada—. La lavandería está a unos quinientos metros, así que llegaremos allá a pie. No habrá asalto en masa, pues no quiero que ninguno de nosotros resulte ni siquiera herido… Se harán las cosas como les he dicho. Y en última instancia, nosotros no tenemos por qué arriesgarnos: si se ponen tercos, avisaremos a la policía mexicana y que vengan ellos a desalojar ese nido de ratas. Estamos en México, ¿no? ¡Pues que trabajen los mexicanos! Ahora bien, si esos chinos se rinden, y podemos apoderarnos del lugar, seremos nosotros los que meteremos las narices por todas partes. ¿Alguna duda?

—Lo que va a hacer usted es una imprudencia —dijo Simón-Acapulco II.

—Eso no es una duda: es una objeción. Y yo sólo he preguntado si hay dudas. ¿No? De acuerdo: cada cual a su sitio. Y no se acerquen más dé lo previsto si yo no lo autorizo.

—Ya lo hemos entendido —farfulló otro espía.

Todos desaparecieron. Brigitte estuvo esperando cinco o seis minutos. Luego se alejó de los coches, hacia el camino que, desde la carretera, llevaba a la Lavandería Pao. A medida que se acercaba, se

iba oyendo con más claridad el rumor de las máquinas lavadoras, y la luz la iba perfilando a ella, que finalmente se detuvo junto a una de las camionetas estacionadas.

Allí se inclinó, para dedicarse con gran interés a laminar una de las ruedas.

Era inevitable: a los pocos segundos apareció uno de los chinos empleados en la lavandería, que se quedó mirándola.

—¡Eh, oiga! —llamó—. ¿Qué desea usted?

—¿Esta camioneta es de ustedes? —preguntó la mujer del largo cabello negro.

Ni por un instante la relacionó el chino con la que se habían llevado antes sus compañeros. Llevaba otra ropa, recogidos los cabellos hacia la nuca, zapatos de tacón bajo, un chal sobre los hombros… Sólo cuando estuvo a media docena de pasos de la mujer, vio la pistola en la mano de ella, y se detuvo en seco. Entonces, sí, al fijarse mejor en ella, la reconoció.

—Es una buena distancia para conversar —dijo fríamente la mujer—. Escuche bien mis instrucciones: vaya adentro, avise a quien tenga el mando en ausencia de Wu Lin, y dígale que la lavandería está rodeada por cuarenta agentes de la CIA, todos armados y dispuestos a entrar ahí sea como sea…, a menos que todos prefieran salir con las manos en alto. ¿Lo ha entendido?

El chino asintió con la cabeza. Brigitte hizo lo mismo, y mostró su mano izquierda en alto, extendida, separados los dedos.

—Tienen cinco minutos para reunirse todos arriba y salir desarmados y pacíficamente. Cinco minutos. Ni un segundo más. Vuelva a decir eso a su jefe.

El chino dio media vuelta y se alejó. Por su parte, la divina espía se apresuró a hacer lo mismo, desapareciendo entre las sombras de los árboles que flanqueaban el camino hacia la carretera. Vio entrar al chino en la lavandería, y dirigirse hacia la carretera. Vio entrar al chino en la lavandería y dirigirse hacia el fondo.

Pasó un minuto.

Dos minutos.

Y cuando estaba a punto de cumplirse el tercer minuto, la agente Baby notó el ligero temblor bajo sus pies. Su desconcierto fue tan breve, que cuando la lavandería estalló en una enorme llamarada que pareció envolver la tremenda explosión, ella corría

ya alejándose a toda prisa, con expresión aterrada, gritando:

—¡Aléjense, corran tod…!

La tierra tembló tanto, que tuvo la impresión de estar sobre una cinta transportadora, hasta el punto de que perdió el equilibrio y cayó rodando al suelo. Por detrás de ella, el feo y viejo edificio pareció alzarse desde sus cimientos, lanzando trozos de pared, cristales, hierros retorcidos, sábanas que parecían fantasmas ardiendo hacia todas partes.

Durante unos segundos todo quedó iluminado en amarillo y rojo, antes de que una gran cantidad de humo lo llenase todo de sombras tenebrosas, que parecían querer ocultar el enorme boquete abierto en la tierra… Una tierra ávida, que absorbería rápidamente todo cuanto líquido pudiese haber allí.

Incluso el oro rojo.

La explosión fue tan potente que llegó como un cercano trueno a Acapulco, haciendo vibrar los cristales de muchas casas, tiñendo durante unos segundos el cielo de color rojo y amarillo, como oro al rojo vivo.

En el camastro que ocupaba en su escondrijo, Wu Lin dio tal salto que quedó sentado, muy abiertos los ojos. La vibración de los cristales cesó en seguida, el trueno pasó, dejó de retumbar… La puerta de su habitación se abrió bruscamente y Raúl apareció, en calzoncillos.

—¿Ha oído eso? —gritó, encendiendo la luz.

Wu Lin le miró como si no hubiese entendido, pero de pronto movió la cabeza afirmativamente. Saltó de la cama, fue adonde estaban sus ropas, y tomó de entre ellas la pistola. Cuando se volvió hacia Raúl, éste miró el arma con estupefacción.

—¿Qué…?

Plop.

La cabeza de Raúl fue sacudida fuertemente por la bala que se hundió en su frente, produciéndole tal oscilación, que acabó por caer hacia delante, con fuerte sonido. Wu Lin le asió por una mano y tiró de él hacia si interior del cuarto, dejándole junto a la cama. Luego salió rápidamente al pasillo, donde aparecían los otros los hombres, procedentes del otro dormitorio.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó uno de ellos.

—No lo sé —negó Wu Lin—. Vengan a ayudarme: Raúl ha entrado en mi cuarto gritando algo, y ha caído al suelo. Me ha asustado —masculló, mostrando la pistola.

Los otros dos asintieron y corrieron hacia allí. Wu Lin se apartó, para cederles el paso, y en seguida apuntó a la nuca de uno de ellos y disparó. El hombre lanzó un grito y cayó de bruces, deslizándose por el pasillo, haciendo perder el equilibrio al otro, que cayó de rodillas, le vio tendido a su lado y volvió la cabeza hacia Wu Lin, todavía sin comprender.

Plop.

Uno de los ojos del hombre se convirtió en un horrendo boquete que salpicó rojo líquido a todos lados, inmediatamente, cayó de lado sobre el cadáver de su compañero.

En el pasillo, Wu Lin se quedó inmóvil como una estatua, todavía apuntando a su tercera y última víctima…

—No… —musitó—, la última, no. ¡La última, no!

Todo estaba claro para él. No podía ser de otro modo: una vez más, la agente americana Baby había conseguido salir bien librada de una apurada situación. Cómo hubiese conseguido escapar de la lancha, ya no le interesaba. Lo había hecho, había reunido a los agentes de la CIA y había vuelto a la lavandería. Y allí, en la lavandería. Sin Ting, de acuerdo con las altas instrucciones recibidas, había hecho estallar la desmenuzante carga que tiempo atrás había sido adecuadamente colocada en toda la casa, de modo que, si llegase un momento como aquél, no quedase ni rastro de la lavandería, ni del laboratorio, ni de los hombres que allí habían estado trabajando.

Wu Lin sabía que aquella explosión sólo podía ser la prevista para un caso de peligro en la lavandería.

Todo había terminado.

Y él se encontraba solo en Acapulco, que debía estar atestado de agentes americanos… al mando de Baby. Aunque quizá ella estuviese camino de China, y lo de la lavandería fuese algo conseguido por la CIA merced a anteriores pistas, sin la colaboración directa de su agente comodín…

¿Cómo saber si Baby estaba camino de China o había escapado?

La solución tenía que ser hallada por Wu Lin. A las diez y media de la mañana, el capitán Dowells y el comandante Rickenball

llegarían al aeropuerto de Acapulco, para encontrarse con Winifreda Travers.

Si Baby se había escapado de la lancha y, como Wu Lin sospechaba, había estado simulando el desvanecimiento (cosa que entonces no le había importado), algunos agentes de la CIA estarían esperando a los dos médicos militares norteamericanos para detenerles.

Y si Baby no había escapado, o bien no había escuchado nada en el sótano, nadie molestaría a esos dos militares. Y si nadie molestaba a esos dos militares, significaría que la CIA no sabía nada más, y que él era considerado muerto.

En cuyo caso las probabilidades de escapar que tenía Wu Lin, eran infinitamente superiores que si sabían que estaba vivo y se dedicaban todos a buscarle.

—Tengo que arriesgarme. ¡Tengo que intentar al menos escapar yo, ya que todo se ha estropeado!

A las diez y treinta y nueve minutos de la mañana, un mexicano barbudo, tocado con un gran sombrero y lentes de sol, parecía dormitar en la sala de espera de los vuelos internacionales. Tras los oscuros cristales ce los lentes, los ojos de Wu Lin se movían, sin embargo, en todas direcciones. El ambiente estaba tan tranquilo que precisamente por eso no se fiaba… Su mirada quedó fija en los dos hombres que, evidentemente, viajaban juntos, portando cada uno una pequeña maleta.

Aparecieron en la sala de espera, miraron a todos lados, y se miraron, cambiando un comentario. Luego, cejaron sus maletas en el suelo, y uno de ellos sacó el paquete de cigarrillos. Cinco minutos más tarde, habían terminado los cigarrillos encendidos entonces. Uno miró su reloj, dijo algo, y el otro encogió los hombros, señalando el reloj del aeropuerto. Los demás pasajeros de aquel vuelo se habían marchado ya, unos con amigos o parientes que habían acudido a esperarles, y otros solos. Únicamente quedaban aquellos dos. Y no podían ser otros que el capitán Dowells y el comandante Rickenball, por supuesto.

¿Y la CIA?

¿Dónde estaba la CIA?

A medida que transcurrían los minutos y los dos hombres se iban impacientando, Wu Lin iba experimentando más y más alivio y

alegría. La CIA le creía muerto. O bien, aunque Baby hubiese escapado de la lancha y hubiese guiado a los de la CIA hacia la lavandería, realmente había estado sin sentido y no sabía nada de la llegada de los dos médicos norteamericanos. Sí… Sí tenía que saber algo, porque Wu Lin había hablado de esto con Winifreda antes de que Raúl golpease a Baby. Ella tenía que saber que iban a llegar los dos médicos militares. Y si no estaba allí, y no aparecía ni un solo agente de la CIA, ¿qué significaba? Sólo podía significar una cosa: Baby estaba camino de China y la CIA daba por muerto en la lavandería a Wu Lin.

Tanto era así que, finalmente, entre desconcertados y visiblemente irritados, los dos hombres que habían estado esperando tomaron sus maletas y se alejaron hacia la salida, todavía mirando a todos lados. Finalmente, salieron del aeropuerto.

Pero ni siquiera ahora se movió Wu Lin. Ya no tenia prisa por nada. Lo único que podía hacer era escapar, y eso debía hacerlo con gran cuidado.

Todavía estuvo allí sentado más de media hora, reflexionando sobre los resortes que podía tocar para emprender el regreso a China, donde, cuando menos, le esperaba el triunfo de haber enviado allá a la agente Baby. Por fin se puso en pie, salió del aeropuerto y comenzó a alejarse, a pie, despacio, como abrumado por el peso del gran sombrero *typical Mexico*…

Estaba cruzando la amplia calzada cuando apareció el coche. Un viejo trasto polvoriento, que conducía un muchacho mexicano de largas greñas, bigotudo, y cuyo sombrerazo apenas cabía en la parte delantera del coche. Un muchacho alocado, sin duda, porque no parecía dispuesto a frenar. O quizá no podía… Por si acaso, Wu Lin se detuvo, dispuesto a esperar que pasase el vejestorio lleno de polvo y de motor asmático.

Pero no pasó.

Se detuvo ante él.

Y el muchacho, tras quitarse el sombrerazo, sacó un poco la cabeza por la ventanilla, miró amablemente a Wu Lin, y mostró los dientes en una simpática sonrisa.

—¡Hola, manito! —saludó—. ¿Cómo le va…?

Wu Lin alzó la mirada hacia el rostro del muchacho. Entonces vio sus grandes ojos azules. Y un tercer ojo, negro, terrible, que

aparecía por la parte inferior de la ventanilla: la boca de un silenciador.

Wu Lin abrió la suya, mientras palidecía, y notaba que la garganta se le había secado tanto y tan repentinamente que ni siquiera pudo musitar el nombre de Baby, que tenía en la mente.

En realidad, para lo único que sirvió que Wu abriese la boca fue para que le entrase por ella la zumbante bala, que le hizo trizas el paladar al introducirse, y la parte alta de la nuca al salir, todavía con más fuerza, hacia el soleado cielo de México.

Este es el final

—O sea —murmuró Minello—, que tú no perdonas ni una.

Brigitte Montfort miró plácidamente a su más querido amigo.

—Ni una, Frankie, en efecto. Fue como si mi me hubiese estado dentro de la de Wu Lin. Tenía la a plena seguridad de que haría aquello, pero no sabía bajo qué aspecto se presentaría en el aeropuerto, así que… esperé. Quería estar segura de que Wu Lin el mexicano de los lentes de sol. Y lo era.

—¿Y si no lo hubiese sido?

—Qué tonterías dices… ¡Yo no me equivoco en cosa así, por Dios!

—Está bien, está bien. ¿Y qué ha pasado con esos militares que estaban en tratos con la doctora Travers?

—Sólo conocemos a dos, y ésos no saben nada, puesto que aún no habían hablado con Winifreda. Lo importante es que no llegará sangre china a ningún hospital militar o civil de Estados Unidos. Al respecto, se han cursado instrucciones secretas, pero precisas, sobre la admisión de sangre en los hospitales de toda clase. Ignoramos qué control podrá ejercerse en los hospitales civiles, puesto que el oro rojo continúa fluyendo desde América del Sur hasta nosotros, pero ten la seguridad de que toda sangre donada a un hospital militar será debidamente analizada. Esperemos que hagan lo mismo los civiles. Bueno, vamos a cambiar de tema: ¿cómo está el libro? ¿Habéis trabajado mucho tú y Miky?

—¡Oh!, pues… Bueno, verás… O sea…

—¡Sois un par de gandules! ¡Me doy perfecta cuenta de que si alguien debe trabajar soy yo!, ¿no es eso? Pues te lo advierto claramente: si vosotros… ¡Frankie! ¡No me estás escuchando!

Minello miró sobresaltado a Brigitte que, por supuesto, estaba bellísima…, pese a cierto pequeño estropicio en los labios, que iba desapareciendo.

—Sí, sí que te escucho… ¿Qué decías?

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Bueno… Verás, pensaba que sería terrible eso de que un general, por ejemplo, estuviese enfermo en un hospital militar y le inyectasen sangre china. ¡Oh!, y no me refiero a los virus o lo que sea, no… Sería horrible.

—¿El qué? —se desconcertó Brigitte.

—Mujer… ¡Que a un general americano le creciese una coleta!

FIN